

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

este

EDICIONES

B

# Lou Carrigan

CABALGANDO EN EL ARCO IRIS



Lectulandia

Entró en Llano a caballo, silenciosamente, a esa hora solar en que los perros se esconden debajo de las aceras de tablas sacando la lengua para refrescarse. Tan sólo se oía el zumbido de rabiosos moscones verdes que ni siquiera comían boñigas de caballo porque el sol las había secado tanto que no quedaba en ellas nada que valiera la pena. Era como un mundo muerto y cocido.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

# **Cabalgando en el arco iris**

**Oeste legendario - 88**

ePub r1.0

Titivillus 17.05.2019

Título original: *Cabalgando en el arco iris*  
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **CABALGANDO EN EL ARCO IRIS**

LOU CARRIGAN

## CAPÍTULO I

Entró en Llano a caballo, silenciosamente, a esa hora solar en que los perros se esconden debajo de las aceras de tablas sacando la lengua para refrescarse. Tan sólo se oía el zumbido de rabiosos moscones verdes que ni siquiera comían boñigas de caballo porque el sol las había secado tanto que no quedaba en ellas nada que valiera la pena. Era como un mundo muerto y cocido.

Un mundo muerto y cocido.

Esta idea le gustó. Un mundo muerto y cocido. Era ingeniosa.

Aunque las apariencias engañaban en aquella ocasión, pues Llano no era un mundo muerto en absoluto, sino un pueblo rico, rodeado de importantes ranchos con buenos pastos gracias a la proximidad del Lago Buchanan, que era simplemente un ensanchamiento del Colorado River. Con seguridad, en cuanto el sol dejara de derretir las piedras, sería un lugar muy agradable.

Caramba, si hasta tenía una encantadora placita central, con frondosos castaños, ¡qué cosa tan deliciosa e insólita!

Realmente había para pasmarse, así que el jinete se pasmó. ¿Qué te parece? Una placita con castaños, y hasta una fuente. Caray, una fuente.

Se acercó a ella, le dio a la bomba, y el agua comenzó a salir. No se lo podía creer. Desmontó cansinamente, le dio ahora en serio a la bomba, y salió más agua. Mucha agua.

Su caballo comenzó a beber en el pilón. El jinete lo miró, le dio una palmada en el cuello que le valió una mirada del animal que era todo un poema de cariño y fidelidad hacia el hombre, y tras mover la cabeza, sonriente, puso las dos manos bajo el grueso chorro de agua y comenzó a beber de ellas a medida que el agua fluía, fluía sin cesar, fresca hasta un punto razonable.

Y todo ello bajo aquel sol de cien mil demonios.

—Pues me gusta este pueblo —dijo en voz alta el forastero.

Su voz pareció absorbida en el acto por el polvo, el agua, el sol y el cielo. En alguna parte un perro ladró como pidiendo piedad al sol. Alrededor de

Llano había miles de reses. El jinete había visto muchas al pasar, tumbadas buscando el máximo frescor posible, cerca de charcas o delgadas acequias.

—Dormiremos un rato, «Star» —dijo el hombre.

El caballo volvió a mirarlo, y acto seguido, con el morro chorreante le empujó amistosamente, cariñosamente. El jinete rió, volvió a palmear al animal, miró calle arriba y calle abajo como maravillado, y dijo:

—Nos quedaremos aquí unos días, después de terminar el trabajo, así que vamos a buscar sitio para nosotros. ¿Sabes?, me fastidiaría que no estuviesen aquí y tener que seguir buscando. Tú y yo nos merecemos un descanso ya.

Continuó a pie calle abajo, impávido bajo el sol, seguido por el caballo. Tuvo la sensación de que desde algunas ventanas y tras cortinas protectoras le estaban observando, pero, no le importó. Y eso pese a que sabía muy bien que su aspecto no era precisamente simpático, ni, mucho menos, tranquilizador.

Sobre todo, tranquilizador.

Era alto, delgado, todo músculo y hueso, vestía ropas viejas y en algún sitio parcheadas, y no se podía decir que sus botas fuesen nuevas, desde luego. Llevaba encima polvo de semanas enteras y barba de no menos de quince días. Si a esto se añadían sus facciones secas y duras, y sus claros ojos grises de mirada escalofriantemente indiferente, se puede decir que el forastero podía muy bien darle un susto al miedo.

Porque claro, además estaba su revólver. Un revólver que no se veía, y precisamente eso era lo inquietante y al mismo tiempo revelador. Un gran pañuelo de hierbas rodeaba funda y revólver, lo envolvía cuidadosa y completamente, protegiéndolo del polvo. Y es bien sabido que esto sólo lo hacían las personas que sabían que en cualquier momento podían necesitar su revólver.

¿Y qué podían ser estas personas? Pues, sólo dos cosas: un representante de la Ley..., o todo lo contrario.

Y el aspecto del recién llegado era de todo lo contrario.

En el establo público no encontró a nadie. Todo era silencio, sopor, neblina dorada de sol, moscas, acre olor a boñigas y a sudor de caballo. Sin complicarse la vida el forastero desensilló su caballo, lo metió en un compartimento donde vio paja limpia, le puso comida en el pesebre, le dio un par de palmadas, y volvió a la calle, al sol de cien mil demonios. Era asombroso con qué estoicismo lo soportaba. Había estado cabalgando bajo aquel sol, y seguía en pie, como si fuese de hierro o de barro.

Pero el forastero no era ni de hierro ni de barro. Era un ser humano, que estaba cansado y asqueado, y que tenía una estupenda idea en la mente hacía

rato: sentarse en uno de los bancos de la placita, a la sombra de un castaño, fumarse allá un cigarrillo, y luego hacer la siesta.

De modo que regresó a pie a la placita, se sentó a la sombra de un castaño, lió un cigarrillo, y se puso a fumar.

Caray.

Caray, qué bien se estaba allí.

Divisó una lagartija al sol y le guiñó un ojo. Lejos, en alguna parte, volvió a ladrar el mismo perro implorante de piedad solar.

Terminado el cigarrillo, el forastero se acomodó en el banco estirando las largas piernas, se bajó el sombrero ocultando el barbudo rostro, puso las manos sobre el liso vientre, y se durmió.

\* \* \*

Le despertó el paso de un carromato. Se sentó bien en el banco, miró alrededor, y sonrió al ver algunas pocas personas caminando por las aceras de tablas, bajo los porches. El sol comenzaba a ser soportable. Pasaron dos jinetes. Una jovencita contemplaba frente al General Store los artículos expuestos en el escaparate. O eso parecía, aunque el forastero tuvo la intuición de que le estaba observando a él por medio del cristal utilizado como espejo. Se puso en pie, y se quitó el sombrero, en simpático saludo. La jovencita casi respingó, y se apresuró a seguir su camino.

Sonriendo secamente, el forastero abandonó la comfortable sombra de los castaños, y puso manos a la obra. No había ido a Llano a dormir la siesta.

Encontró el Poker Saloon apenas dos minutos más tarde. Se metió en él, localizó una mesa junto al ventanal que daba a la calle, y fue a sentarse ante ella. Había una mugrienta cortinilla de media altura que impedía que desde la calle se viese a los parroquianos del saloon, pero tampoco éstos, una vez sentados a la mesa, podían ver la calle.

Bueno.

El hombre que había tras el mostrador se acercó cansinamente al primer cliente de la tarde, casi bostezando. A medida que se acercaba, y podía verle mejor, el bostezo se le iba congelando. Cuando se detuvo ante el forastero había una inteligente idea en su mente: guardarse muy bien de hacer o decir algo que pudiera molestar a aquel sujeto.

—¿Qué desea tomar? —murmuró.

—Tráigame una botella de *whisky* un vaso, por favor.

—Sí, señor.

Por favor, ¿eh? Vaya si debía ser de cuidado aquel forastero, vaya que sí. Ya podía ser todo lo fino que quisiera pidiendo las cosas, que a él no se la pegaba. ¡Si conocería él a aquella clase de pájaros...!

Regresó prestamente a la mesa, con una botella de *whisky* bastante bueno y un vaso inobjetablemente limpio. Sirvió la primera ronda, y dejó la botella sobre la mesa. Se disponía a retirarse cuando el forastero preguntó:

—¿Conoce usted a unos sujetos llamados Dawson y McCordy?

—No recuerdo.

El forastero le miró casi divertido, al parecer.

—Le ayudaré a recordar —dijo amablemente—. Según los últimos informes que he conseguido por ahí, dos tipos que corresponden a las señas de Dawson y McCordy, uno de los cuales, además, parece que responde al nombre de Dawson, fueron vistos no hace mucho aquí, en Llano, simpático pueblo del condado de Llano, Estado de Texas. Y precisamente, tales caballeros solían visitar con mucha frecuencia, por no decir cada día, un tal Poker Saloon... ¿Estoy por ventura en Llano?

—Sí señor.

—¿En Llano, del condado de Llano?

—Sí señor.

—¿Del Estado de Texas, incorporado a la Unión el trece de octubre de mil ochocientos cuarenta y cinco?

—No sabía eso.

—Cada día se aprende algo. Pero veamos: ¿estoy en Texas?

—Sí señor.

—¿Y en el Poker Saloon?

—Sí señor.

—¿Y usted es el propietario de este local?

—Sí señor.

—¿Y no conoce a dos tipos llamados Dawson y McCordy?

El cantinero se pasó la lengua por los labios. Podía decir que no, pero el forastero tardaría muy poco en enterarse de que sí los conocía, lo cual era lógico y forzoso, pues hacía tiempo que los mencionados personajes acudían diariamente al saloon, en efecto. ¿Y qué pasaría si el forastero se enteraba de que él le había mentado? Se estremeció.

—Sí señor, ahora que recuerdo, los conozco a ambos.

—Estupendo. ¿Ve cómo le he ayudado a recordar? Debería estarme agradecido —una sonrisa gélida pasó fugaz por el rostro del forastero—. Pero

me conformaré con otra cosa mucho más sencilla: cuando entren aquí esos dos hombres, usted, simplemente, señálemelos. ¿Me ha entendido bien?

—Sí señor.

—Estupendo.

El forastero tomó el vaso, bebió un sorbo de *whisky*, lo paladeó, y asintió complacido. Todo estaba bien, al parecer. El cantinero regresó a la relativa protección de su mostrador.

Casi una hora más tarde, cuando el forastero apenas había bebido la mitad del vaso de *whisky*, dos sujetos entraron en el saloon, conversando. Y, como había estado haciendo cada vez que alguien entraba, el forastero miró al cantinero, que esta vez asintió con un gesto disimulado y nervioso. Los dos sujetos, evidentemente los llamados McCordy y Dawson llegaron ante el mostrador, y pidieron *whisky*. Tras ellos, el forastero se puso en pie, retiró el pañuelo que protegía su revólver del polvo y quizá otras inmundicias, lo dejó sobre la mesa, y dio dos pasos alejándose de ésta y acercándose al mostrador.

Se detuvo.

—¿Dawson? ¿McCordy? —llamó suavemente.

Los interpelados quedaron un instante inmóviles. Luego, lentamente, se volvieron. Eran dos tipos malencarados, incluso más que el forastero. No estaban polvorientos ni barbudos, como éste, pero si se les veía su mala catadura sin duda alguna. El más alto, de ojos pequeños y labios delgadísimos, musitó:

—¿Y usted quién es?

—¿Yo? —se sorprendió el otro—. Eso no tiene nada que ver.

—Se lo parece a usted. Pero nos gusta saber con quién hablamos.

—Ah, ya. Bueno, si es por eso, me llamo Brook.

—Brook. Ya. Muy bien. ¿Y qué quiere de nosotros?

—Matarlos.

—¿De veras? —sonrió torcidamente el más bajo, grueso y fuerte como un semental—. ¿Y podría decirnos por qué?

—Me pregunto si conocen ustedes a Sam Lennox.

Los dos sujetos, evidentemente Dawson y McCordy, palidecieron con tal intensidad que sus rostros quedaron en verdad blancos; pero un blanco como desvaído, pero putrefacto.

Y de pronto, sin más, ambos llevaron velozmente las manos a su revólver, lo agarraron, lo desenfundaron, lo amartillaron.

¡Pack, pack!, disparó dos únicas veces el forastero.

Dawson recibió la bala en la frente, dio de espaldas contra el cercano mostrador, y cayó de bruces, resonando su cuerpo fuertemente en las tablas del piso. McCordy, el más alto, recibió el plomo en pleno corazón, y se quedó de pie, apoyado en el mostrador, con los ojos desorbitados, el revólver en la mano, y un manchurrón de sangre, extendiéndose por su camisa.

El llamado Brook abrió su revólver, lo recargó, lo enfundó, y recogió el pañuelo de hierbas, que se puso al cuello. Se acercó al mostrador, dejó una moneda sobre la pulida superficie, y preguntó; amablemente:

—¿Sabe de algún sitio donde se pueda cenar bien? Y cuando digo bien, digo bien, o sea, de narices.

—En... enfrente del... saloon hay... hay...

—Entiendo. Gracias.

Miró al muerto en pie, hizo un gesto de perplejidad, y lo empujó con un dedo. McCordy se derrumbó lentamente. Brook movió la cabeza, sonrió casi simpáticamente, y se dirigió hacia las batientes puertas del saloon:

\* \* \*

Loretta Miles señaló hacia la puerta del encantador saloncito de su magnífica casa, y dijo, con voz casi tremolante de cólera:

—Fuera... ¡Fuera de aquí! ¡Todos fuera de aquí!

El señor Granger (el muy importante señor Granger) hizo un gesto entre fastidiado y contemporizador.

—Vamos, Loretta, no debe tomarse las cosas tan a la tremenda. Si nos hemos molestado en venir todos ha sido...

—¿Molestado? ¿Ustedes se han molestado por mí? ¡No me haga reír! Ustedes se han reunido para venir todos juntos a expoliarme.

—Tenga cuidado con lo que dice —gruñó Edward Loomis.

Loretta lo miró con fuego en los ojos.

—¿Se permite usted amenazarme, señor Loomis? —exclamó.

—Sólo le he dicho que tenga cuidado con lo que dice. Nadie pretende expoliarla a usted. Hemos venido a comprarle su rancho, y a mí no me parece que eso sea expoliar a nadie.

—¿Comprarme? ¿Ha dicho usted comprarme? ¿Llama usted comprar a ofrecer diez mil dólares por un rancho que vale doscientos mil?

—Bueno —intervino Martin Corbett—, nosotros no dudamos que para usted el Rainbow tenga ese valor, en parte sentimental, en parte por su casa y

sus posibles buenos recuerdos en ella... Pero nosotros, simplemente, queremos su rancho para dedicarlo todo él a zona de pastos.

—Sea sensata —intervino ahora Charles Winley—. ¿Qué espera usted conseguir reteniendo el rancho? Está sola, no tiene a nadie en quién confiar plenamente, y ni siquiera es de aquí, no sabe cómo manejar un rancho con tanto ganado...

—Ganado que, por cierto —se apresuró a intercalar Martin Corbett—, se le pagaría aparte, naturalmente. Como bien ha dicho Loomis, nadie pretende expoliarla.

—No voy a venderles nada: ni las tierras, ni una sola vaca, ¡nada!

—Podemos darle por la manada del Rainbow cuarenta mil dólares —dijo pausadamente Leslie Mathiesson—, que sumados a los diez mil del rancho serian cincuenta mil. Todos sabemos que Randolph Miles le dejó una buena suma de dinero y valores diversos en herencia. Loretta. Si lo suma usted todo se dará cuenta de que se va a convertir en una persona muy rica, que podría vivir fastuosamente en un ambiente más... apropiado.

—Una viuda como usted, y con tanto dinero —sonrió maliciosamente George Fellow—, seguro que lo ha de pasar muy bien en ciudades como Houston, Dallas. Gayeston... ¡Y no digamos si se va usted al Este, a Nueva York, por ejemplo! Le aguarda una vida deliciosa, Loretta. Una vida que usted se merece, desde luego... A fin de cuentas, soportar todos esos meses a un viejo gruñón como Randolph Miles bien merece un premio, todos estamos de acuerdo en eso. ¿No es cierto, señores?

Hubo un murmullo de asentimiento. Loretta Miles, viuda del recientemente fallecido Randolph Miles, estaba sencillamente roja de cólera; una cólera que le impedía hablar y casi respirar.

Allá los tenía, al montón de malditos cerdos... No, cerdos no. Cuervos. Eso eran, cuervos miserables. Mientras había vivido Randolph Miles no había habido problemas: el Rainbow Ranch, rodeado completamente por los ranchos de otros ganaderos, siempre había tenido derecho de paso por todas las tierras que lo rodeaban. Pero el viejo, poderoso y malgeniado Miles había muerto, y ahora, sus «amigos» y vecinos se lanzaban todos a una contra la joven e indefensa viuda: o hacía lo que ellos querían, o ellos le iban a negar el paso por sus tierras a todo lo que se relacionase con el Rainbow Ranch. Es decir, que Loretta se iba a encontrar con un rancho que sería una isla a la cual no podía llegar nada, ni siquiera provisiones o material, y de la cual tampoco podría salir nada. Ni siquiera reses para ser vendidas. Y ni siquiera ella

misma, si se lo proponían, pues sólo tenían que colocar unos pocos hombres que cortasen los caminos y ella quedaría como prisionera en Rainbow Ranch.

Si, allá los tenía, los viejos amigos de su marido: John Granger, Edward Loomis, Leslie Mathiesson, Martin Corbett, George Fellow y Charles Winley... Una bandada de cuervos prestos a devorar a la viudita, como la llamaban con sorna. Con sorna que consideraban justificada, pues en su opinión Loretta a sus veintipocos años, no se había casado con el septuagenario Randolph Miles por amor, ¡qué tontería! Lo había hecho por el dinero, y ellos le estaban ofreciendo más del que ella habría podido soñar en toda su vida... ¿Qué más quería? ¿Qué más podía pedir una muchacha que había llegado a Llano sin más fortuna que su juventud y su belleza... que había entregado a un viejo sapo a cambio de dinero?

Caramba, la viudita podría marcharse con cincuenta mil dólares producto de la venta del rancho y de la manada, además de con el dinero y valores de la herencia... ¿Qué más demonios quería?

—Les he dicho que salgan de aquí —pudo por fin jadear Loretta—. ¡No quiero verlos más!

—¿Por qué no quiere comportarse sensatamente? —gruñó Winley—. Usted sabe que si nosotros cerramos todos los caminos el Rainbow no vale nada. Sólo tendría valor para nosotros seis, y eso como pastos. Vamos, jovencita déjese de tonterías y acepte nuestra oferta.

—Si dentro de diez segundos no han abandonado mi casa, voy a buscar un rifle y los voy a llenar de plomo a todos. ¡Fuera!

—Me parece que por el momento es inútil proseguir esta conversación —suspiró Granger, poniéndose en pie—. Vámonos, mantengamos el cerco en torno al Rainbow, y cuando la señora Miles se haya convencido de la realidad ya nos avisará para que le compremos el rancho y la manada.

—Sólo que entonces —remachó Corbett— quizá nuestra oferta no sea tan generosa.

—Pandilla de cobardes —jadeó Loretta—. ¡Ahora mismo voy a acudir en busca de ayuda! ¡El *sheriff* Cannon no permitirá que las cosas sucedan de este modo!

—¿Va a ver a Cannon? —se pasmó Fellow—. Bueno, allá usted, pero lo único que va a conseguir es perder el tiempo, pues lo que nosotros estamos haciendo es legal.

—¡No es legal impedir el paso por sus tierras!

—¿No? Bueno, me gustará ver quién se atreve a pasar por ellas si nosotros no queremos. Usted misma, si nosotros no queremos, no podría ir a

ver a Cannon, pues le impediríamos pasar por nuestras tierras.

—¡Atrévanse!

—Bueno —rió Loomis—, la vamos a dejar salir, para que vaya a Llano en busca del temible *sheriff* Cannon. Pero... ¿quién sabe?, quizá no la dejemos volver a entrar, señora Miles. ¡Eh, eh, tranquila, no pierda los nervios, ya nos vamos!

Todos se habían puesto en pie, desalojando los sillones confortables, el amplio y aún más confortable sofá. Loretta se preguntó si habría algún medio de desinfectar los muebles, y toda la casa, tras aquella odiosa visita. ¡Qué diferentes le habían parecido aquellos hombres, ahora que Randolph había muerto! Mientras él vivió, todo fue perfecto, nadie hizo jamás ni siquiera una sugerencia sobre las tierras y la manada. Pero el viejo lobo había muerto, y ahora los cuervos revoloteaban sobre sus propiedades...

-No pueden hacer esto —jadeó Loretta, una vez sola.

Legalmente, no, no podían, y todos lo sabían, ellos los primeros. Pero si querían hacerlo lo harían, así de simple. Podían cerrar todos los caminos que salían del Rancho del Arco Iris. O a la inversa, claro, impedir que nadie llegase al rancho, la inmensa propiedad absurdamente cercada por otras propiedades.

No era legal, no.

Por lo tanto, el *sheriff* Cannon no tendría más remedio que resolver la cuestión a favor de ella.

Cuando salió del rancho, en el calesín, camino de Llano, Loretta se preguntó si la dejarían pasar.

La dejaron.

## CAPÍTULO II

—No puedo hacer nada —movi6 la cabeza Burt Cannon—. De verdad, se1ora Miles, no puedo.

—¿Por qu6 no? ¡Toda la raz6n est6 de mi parte!

El *sheriff* Cannon suspir6, y mir6 hacia la ventana de su oficina, en la calle Mayor de Llano, cerca de la plaza. Comenzaba a declinar el sol, y pronto se estar6 muy bien en la calle. Cannon hab6a estado esperando aquella hora para salir a dar una vuelta de inspecci6n y de paso tomarse un par de cervezas. Se estaba bien en Llano, hab6a buena gente en general, corr6a el dinero... De cuando en cuando Cannon ten6a que meter en cintura a alguien, pero para eso cobraba, y adem6s nunca era nada demasiado serio.

Ni siquiera lo de aquel tipo, el tal Brook, el que hac6a poco hab6a matado a Dawson y McCordy en el Poker Saloon. Seguramente Brook era un sujeto peligroso, pero la cosa hab6a estado bien clara, todos los parroquianos del Poker Saloon que hab6an presenciado lo sucedido lo hab6an dicho: primero hab6an desenfundado McCordy y Dawson, y luego lo hab6a hecho el otro..., s6lo que a una velocidad que todav6a nadie pod6a creer.

S6, seguro que en el saloon, en todas las cantinas, deb6an estar comentando la pelea. Habr6a comentarios de lo m6s sabroso, y eso divert6a mucho a Cannon. En Llano no hab6a muchas peleas como aqu6lla, y escuchar los relatos y las fantas6as de los testigos ser6a de lo m6s cachondo. Claro que tal vez deber6a ir a preguntarle al tal Brook por qu6 hab6a hecho aquello, pero, en cualquier caso, la tarde hab6a prometido ser interesante...

Y de pronto se le presenta en la oficina la viudita con sus reclamaciones y petici6n de ayuda. ¡Maldita sea!

—¿Es que no va usted a contestarme? —susurr6 Loretta.

Cannon casi resping6, sobresaltado. Se hab6a abstra6do demasiado en sus pensamientos. La viudita le estaba mirando con muy fea expresi6n... Es decir, no fea, porque no hab6a nada feo en Loretta Miles, sino inquietante. Y furiosa. S6, la expresi6n de la viudita era furios6sima. Lo cual resultaba chocante en una preciosidad semejante. ¡Porque mira que era guapa la

condenada...! Tenía una inmensa y espléndida cabellera roja que realmente parecía una llamarada; la boca grande, jugosa, toda una tentación; los ojos grandes, negros, parecían contener relámpagos; y en cuanto al cuerpo, seguro que desde que Loretta había aparecido en Llano todos los hombres habían comenzado a soñar con ella... y todavía seguían soñando. Por un instante, el *sheriff* Cannon se imaginó cómo debía estar desnuda la viudita de veintipocos años, y le entraron descargas de escalofríos. ¡Quién pudiera hincarle el diente a aquel bocado...!

—Ya le he contestado —volvió a suspirar el *sheriff*—. De verdad, no puedo hacer nada. Ya sé que toda la razón está de su parte, pero... ¿qué podría hacer yo solo?

—¡Usted tiene que exigirles que me dejen en paz y que respeten los derechos de paso, como se hace en todas partes y como se ha hecho siempre en el Rainbow!

—Hablaré con ellos —masculló Cannon—, pero... ¿sabe qué ocurrirá? Me dirán que sí, que de acuerdo..., pero cuando usted quiera cruzar sus tierras se lo impedirán. Pondrán un par de vaqueros en cada camino, y ya está. ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Pasarme la vida yendo de un camino a otro de los que van al Rancho del Arco Iris?

—Todos ustedes son un... un hatajo de cobardes.

Cannon palideció. La viudita dio la vuelta, y salió de la oficina, dando tal portazo que casi saltaron los cristales de puerta y ventanal. La muchacha titubeó, y finalmente se dirigió hacia donde había dejado el calesín. Pero no pudo llegar a él, pues una preciosa muchacha rubia le salió al encuentro, saludándola alegremente.

—¡Loretta! Me han dicho que estabas en el pueblo, y he venido a buscarte. ¡Seguro que pensabas marcharte sin pasar por casa a charlar un rato conmigo!

—Hola, Sheila —murmuró Loretta—. La verdad es que no tengo ganas de conversación.

—Oh, vamos, ¡no puedes hacerme eso! Ya me privó bastante de tu compañía aquel viejo bruto. Sabes que me gustó charlar contigo desde el primer día que nos conocimos... ¡Y sabes también que por aquí no hay mucha gente de tu nivel para conversar! Tienes que venir a casa a tomar el té... ¡Y te quedarás a cenar!

—Imposible. No me gusta volver sola al rancho de noche...

—Pues te quedas también a dormir —Sheila la tomó de un brazo—. ¡Por favor! Podemos hablar de miles de cosas. Por ejemplo: ¿sabes que tenemos en

el pueblo a un terrible pistolero llamado Brook?

\* \* \*

En realidad ya estaba despierto hacía mucho rato, pero hacía tanto tiempo que no gozaba de una buena cama que valía la pena aprovecharse. Además, lo que tenía que hacer ya lo había hecho, así que se iba a tomar unos días de descanso. Descanso absoluto. Y aquel pueblo no estaba nada mal.

No señor, nada mal. Había buen *whisky*, un *sheriff* comprensivo, una gente bastante simpática, y un restaurante donde había cenado la noche anterior estupendamente. En realidad había cenado como un cerdo, se había atiborrado como una auténtica bestia, porque la comida era excelente, y todavía le parecía mejor después de todo aquel tiempo comiendo judías, carne seca y conejos cazados a revólver. ¡Qué bien guisaba la señora Rawlings! pues nada, se iba a quedar unos cuantos días en Llano, descansando, comiendo de maravilla y...

La llamada a la puerta de su habitación en el Merrywale Hotel se repitió.

Brook se sentó en la cama con una poderosa flexión, y frunció el ceño. No se oía mucho trajín en la calle, pero por el resplandor del sol calculó que ya era bastante avanzada la mañana. Seguro que más de las nueve, seguro. Caray, ¡cómo había dormido! Más de doce horas, a pierna suelta. Y es que claro, cuando uno va cansado...

—Señor Brook —llegó la voz femenina a través de la puerta—. Por favor, abra, señor Brook.

El señor Brook puso cara de pasmo. Acto seguido salió de la cama, y fue a la puerta, que abrió enseguida. Ni se le ocurrió pensar cuál era su aspecto en aquel momento: sucio, barbudo, desgredado, y cubierto únicamente por los largos calzoncillos y camiseta en una pieza; pieza tan rota por todas partes, tan mugrienta y ajada que todo lo que se podría hacer con ella, el día en que Brook se la quitara, sería tirarla a la basura.

Loretta Miles respingó al ver a Brook, y por su parte él también se llevó una buena impresión, aunque en sentido contrario y sin que fuese tan manifiesta como la de su visitante. Loretta abrió mucho los ojos, puso cara de susto, y pareció a punto de escapar de allí corriendo. Brook apretó los labios,ladeó la cabeza, entornó los párpados hinchados de tanto dormir, y gruñó:

—¿Qué desea usted?

—Yo... yo... yo... yoooo... Bu... bueno, busco al... al señor Brook...

—Yo soy Brook.

—Pu... pues... O sea... Bien...

—¿Qué le pasa? —graznó el mugriento—. ¿Nunca ha visto a un hombre en calzoncillos?

Loretta tragó saliva, pero de pronto aspiró hondo, frunció el ceño, y dijo:

—Tan desagradablemente sucio, no, nunca.

—Desagradablemente sucio, ¿eh? Mira qué bien habla la muchachita... Desagradablemente sucio. Vaya, vaya, mujer, vaya... Y eso que no me ha olido el aliento. Si me lo oliera se desmayaría.

—¿Puedo pasar?

—No me diga que ha venido a olerme el aliento.

—Quiero hablar en serio con usted, señor Brook.

Éste volvió a entornar los párpados, asintió, y se apartó. Cerró la puerta cuando Loretta hubo entrado, y señaló la cama. Loretta fue a sentarse en el borde. Brook se quedó mirándole, de modo especial, el sugestivo escote salpicado de encantadoras pecas y los grandes ojos insólitamente negros, impropios de una pelirroja; la boca, grande, fresca, jugosa, sí era propia de una pelirroja, y de cualquier mujer que fuese una real hembra.

Loretta Miles enrojeció levemente bajo el feroz escrutinio masculino, y eso fue todo. Brook se acercó al aguamanil, vertió agua en la palangana, se lavó la cara, se peinó con los dedos, y fue a sentarse en un taburete de incierta estabilidad.

—Apuesto a que usted no lleva tabaco encima —murmuró.

—No, lo siento.

—Se me terminó anoche, aquí mismo. Pero bueno, puedo esperar el tiempo que sea necesario a fumar. No es la primera vez que me encuentro inesperadamente sin tabaco, y me aguanto. Soy muy sufridor, yo, ¿comprende? Recuerdo que en una ocasión, cruzando el Llano Estacado detrás de...

—Señor Brook, he venido a contratarlo como guardaespaldas. Me he enterado de que es usted un sujeto peligroso y deseo contratarlo. Le pagaré bien.

—¿Qué es bien, para usted?

—¿Diez dólares diarios?

—Oiga, seguramente le habrán dicho que soy un rayo disparando, ¿eh?

—¿Veinte dólares?

—Y comida y alojamiento, claro —añadió Brook.

—De acuerdo.

—Caray —movió la cabeza Brook—. Cada vez me gusta más este pueblo. ¿Me equivoco si pienso que es usted una persona muy rica?

—Riquísima —asintió Loretta.

—Los hay que nacen con suerte. ¿Cuándo empiezo?

—Ya ha empezado, señor Brook de modo que vístase y salgamos de aquí. Me acompañará a casa. ¿Conoce estas tierras?

—No, en absoluto.

—Iremos hacia el Norte. Mi rancho, el Rainbow, está allí.

—Caray, qué bonito: Rancho del Arco Iris. ¿Sabe?, eso me recuerda una canción que dice...

—Señor Brook no le he contratado para que me cante, sino para que me proteja. Sea tan amable de vestirse y acompañarme. Y me parece honesto por mi parte advertirle que las cosas se le pueden poner difíciles por haber aceptado este empleo.

—Ya he supuesto que usted no va a darle, a un desconocido piojoso seiscientos dólares al mes, más comida y alojamiento, por llevarla de paseo a recoger amapolas. ¿Puedo saber de qué va la cosa o todo lo que tengo que hacer es disparar contra quien intente molestarla?

—Le explicaré la situación mientras se viste.

—Es una buena idea. ¿Cómo debo llamarla?

—Señora Miles.

—Señora Miles —repitió Brook—. Perdone, pero..., ¿su marido no es suficiente para protegerla?

—Soy viuda, señor Brook.

—Ya. Mire, por mí está bien eso de llamarla señora Miles, y así lo haré, pero no me llame «señor» Brook, por favor.

—¿Cómo desea que le llame? ¿Por su nombre?

—No, no —rió sorprendentemente Brook, mostrando unos dientes grandes y fuertes, increíblemente blancos—. ¡Eso me gustaría menos que lo de «señor» Brook!. Es que... Bueno, me llamo Arkadius Benson Brook, ¿comprende? A la última persona que me llamó Arkadius le partí la cara. Creo que usted debería llamarme simplemente Brook, si le parece bien.

—Me parece bien.

—Estupendo. ¿Cuál es la situación?

Loretta comenzó a hablar, y Brook a vestirse. Ella terminó antes que él, pues, aunque muy concreta y clara, su explicación no pudo ser más escueta. Brook no hizo el menor comentario. Terminó de vestirse, se puso el sombrero, y sólo entonces dijo:

—Me gusta estar de parte de quien tiene la razón.

—Pero tal vez no está acostumbrado a eso. Quiero decir... Bueno, ya sé que no tengo derecho a preguntárselo, pero... ¿por qué mató ayer a aquellos dos hombres?

—¿Por qué diría usted?

—No tengo ni idea. He pasado la noche en casa de una amiga, y desde que ella me habló de usted comencé a pensar en la posibilidad de contratarlo, y esta mañana me he decidido. Tengo... la impresión de que es usted un hombre... poco recomendable, si me permite decirlo, pero soy incapaz de adivinar lo que hay en su interior.

—De modo que mi aspecto exterior es de persona poco recomendable.

—Sí.

—Pese a lo cual usted no ha vacilado en contratarme, incluso después de haberme visto.

—Llevar a mi lado a un hombre como usted me evitará muchos problemas, Brook. Espero que, sólo con verlo, muchas personas desistirán de molestarme.

—Caray: Entonces será mejor que no haga lo que había pensado hacer ésta mañana, o sea, cortarme el pelo, bañarme...

—Nada de eso. ¡Así está usted muy bien!

—Toda una bestia acojonante, ¿eh? Me pregunto, señora Miles, si me permitirá usted lavarme las manos antes de comer y cenar.

—¿Se las da usted de gracioso?

—No tengo nada de gracioso —sonrió de nuevo Brook—. Y si alguien pretende molestarla se convencerá de ello... Cosa que según entiendo no es precisamente imposible. Bueno, iré a recoger mi caballo y me reuniré con usted donde me diga.

—Espere delante del establo. Dentro de un rato me verá pasar en mi calesín, hacia la salida del pueblo. Entonces, simplemente, acompañeme.

—A sus órdenes, señora Miles.

—Brook.

—¿Sí, señora Miles?

—No quiero bromas ni guasitas, ¿entiende?

—Sí, señora Miles.

—De modo que déjese de tanto «señora Miles», pues me da la impresión de que está de guasa. Sea serio, cumpla su parte, y eso será todo.

—Sí, sen... Sí. Okay, entendido.

-Bien.

Arkadius Benson Brook fue a la puerta, la abrió, y se quitó el sombrero, dejando libre su estropajosa cabellera que lo mismo podía ser negra que rubia o pelirroja. Sus grises ojos indiferentes se mostraron impenetrables cuando Loretta Miles pasó por su lado mirándolos inquisitivamente, como buscando en ellos alguna verdad... que por supuesto jamás encontraría mientras Brook no quisiera.

El pistolero cerró la puerta, y caminó en pos de la señora Miles. Bajaron al vestíbulo, ella salió, y Brook pagó su cuenta del hotel. Poco después, compraba tabaco, en el General Store, así como una buena provisión de municiones para su revólver y su rifle. En algunos momentos el señor Brook sonreía para sí mismo, con no poca guasa, incluso ironía.

Pero cuando la señora Miles pasó por delante de la cuadra conduciendo su elegante calesín, Brook, simplemente, se colocó junto a éste y cabalgó hacia la salida del pueblo, disfrutando de los rayos tibios de primeras horas de la mañana.

Porque a ver: ¿acaso había algún modo mejor de vivir que cabalgando bajo el sol por las praderas de Texas?

## CAPÍTULO III

Los dos vaqueros se quedaron mirando el calesín cuando apareció en el recodo del camino por entre el grupo de álamos, y ambos torcieron el gesto. Uno de ellos comentó:

—Mala suerte. Nos ha tocado a nosotros.

—Maldita sea mi estampa.

—Bueno, no es tan extraño, después de todo. Éste es el camino más lógico para ir desde Rainbow Ranch a Llano, y viceversa, así que era de esperar que la señora Miles pasara por aquí de regreso a su casa.

—La acompaña un jinete.

—Quizá sea uno de sus vaqueros.

—No... Ése no es un vaquero. No monta como nosotros.

Se quedaron mirando los dos al jinete que acompañaba a la señora Miles. Es decir, suponían que la figura femenina que conducía la calesa de la señora Miles era la señora Miles..., lo cual quedó confirmado cuando estuvo más cerca.

También quedó confirmado que el sujeto que la acompañaba no era un vaquero. No sólo porque no montaba como un vaquero, sino por todo su aspecto y por su revólver, de negras cachas gastadas y relucientes. No hacía falta ser especialmente listo para comprender que aquel desconocido de gris mirada indiferente era un pistolero.

O sea, que la cosa pintaba fea.

La señora Miles, finalmente, había detenido el calesín en el camino, ocupado por los dos vaqueros a caballo, y miraba a uno y a otro procurando no poner en evidencia su muy temperamental carácter de pelirroja rebotante de vitalidad.

—¿Serán tan amables de apartarse de mi camino? —pidió por fin la viudita.

—Éste no es su camino, señora Miles —murmuró uno de los vaqueros de mala gana—. El camino pertenece al señor Granger, como las tierras que está usted cruzando.

—¿Y qué? Por algún sitio tengo que pasar para ir a mi casa.

—Señora Miles, no se moleste con nosotros —pidió el otro, evidentemente molesto—. Sólo obedecemos las órdenes de nuestro patrón, compléndalo. El señor Granger nos dijo bien claramente que nada ni nadie relacionado con el Rainbow podía circular por este camino ni por cualquier otro lugar de sus tierras.

—Ustedes saben que no pueden hacer eso —dijo Loretta.

—Lo que no podemos hacer es desobedecer las órdenes de nuestro patrón, usted tiene que entender esto.

—Si no se apartan lo van a lamentar: voy a arrollarlos con mi carruaje.

—Si usted intenta pasar tenemos orden de disparar contra su caballo. Señora Miles, por favor, entiéndalo: nosotros tenemos la obligación de impedirle a usted el paso. Pero no es nada personal, compléndalo.

—Ustedes me caen bien —dijo de pronto Brook, con tono amable, casi afectuoso—, así que voy a hacerles un regalo.

—¿Y usted quién es? —preguntó el vaquero más locuaz.

—Sea quien sea —dijo el otro— no necesitamos regalos de usted.

—Soy Brook, y mi regalo si lo necesitan —aseguró el pistolero—: se trata de sus vidas. ¿Qué harían ustedes sin sus vidas? Apuesto a que nada. Pues ya ven, yo, para que puedan hacer cosas, divertirse mucho, tener nietos, y pasarlo en grande todavía medio siglo más, les regalo sus vidas. ¿Están contentos?

—Usted no es más que un bocazas fanfarrón.

Brook se inclinó un poco hacia delante, apoyándose con el antebrazo izquierdo en el pomo de la silla, y dejando el brazo derecho colgando junto al revólver.

—Les voy a explicar la situación —susurró—: así como ustedes trabajan para ese tal señor Granger al que quieren obedecer, yo trabajo para la señora Miles, a la que deseo obedecer y tener contenta, pues me paga muy bien; la señora Miles me ha contratado para que nadie la moleste y ella pueda hacer lo que le dé la gana; lo que le da la gana hacer a la señora Miles en este momento es pasar por este camino hacia su rancho. Pregunto: ¿ustedes realmente pretenden impedirnos el paso a la señora Miles y a mí?

La larga parrafada terminó. Brook miraba de uno a otro vaquero con amable curiosidad, como negándose a creer que alguien fuese incapaz de entender lo que iba a pasar si persistían en su actitud.

Uno de los vaqueros se pasó la lengua por los labios. El otro desvió la mirada y tragó saliva. Eran jóvenes, fuertes, normalmente valientes, y hasta posiblemente no disparaban mal con sus rifles. Y también eran bastante listos.

Al menos, lo suficiente para comprender que, en efecto, aquel sujeto podía llenarlos de plomo antes de que ellos terminaran un parpadeo.

Se impuso la cordura, el instinto de conservación, o quizá la buena idea de tener nietos y vivir cincuenta años más: los dos vaqueros, aunque de mala gana y mortificados, se apartaron del camino. La señora Miles movió las riendas, y el lustroso caballo reanudó la marcha. Junto al calesín, Brook pasó montando de aquel peculiar modo desgano y felino. No miró a los dos vaqueros ni por un instante más y ni siquiera volvió la cabeza para vigilar una posible mala reacción por su parte al tenerlo de espaldas.

Desde su mullido asiento en el calesín, Loretta lo miró.

—Ya se ha ganado usted los veinte dólares de hoy. Brook.

—No son más que dos niños.

—Vamos, no diga tonterías... ¡Eran dos hombres armados! Y con rifles, así que quizá haría bien no perdiéndolos de vista.

—Como se suele decir, tengo ojos en la nuca. Pero no son necesarios con muchachos como éstos. Mire, señora Miles, usted puede darme las órdenes que quiera, pero, por favor, no pretenda convertirme en un asustaniños. ¿Falta mucho para llegar a sus propiedades?

—Por este camino sólo cinco millas más.

—Es un bonito paseo. ¿De cuántos vaqueros dispone?

—Aproximadamente, unos quince.

—Y también tiene servicio en la casa, claro.

—Naturalmente.

—Si —la miró él con apacible sonrisa insólita—, naturalmente. Porque usted es toda una dama, ¿verdad?

—¿Qué le pasa a usted? —inquirió ella acremente—. ¿Por qué me habla así?

—Usted va a tener serios problemas, señora Miles, y por tanto los tendrán sus empleados, esto es, los quince vaqueros y los sirvientes de la casa...

—Ya tengo problemas, Brook.

—Claro que no. Los problemas de verdad empezarán cuando el señor Granger y los otros ganaderos le den a usted la réplica que merece.

—¿A qué se refiere? ¿De qué está hablando?

—De los pistoleros profesionales. De mis colegas. Apueste usted lo que quiera a que antes de cuarenta y ocho horas el señor Granger y sus amigos han contratado no menos de tres o cuatro tipos como yo para darme una lección a mí... y a usted, claro.

—No harán eso —se sobresaltó Loretta.

Brook la miró como absolutamente fascinado. De pronto sonrió de nuevo, de aquel modo parecido al de una fiera divertida.

—Es usted una niña —dijo—. Viuda, pero una niña. Me pregunto desde qué parte del mundo llegó usted hasta un lugar como Texas.

—No tengo que darle explicaciones sobre mi vida anterior, Brook. Y ni siquiera sobre la presente.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero entonces tampoco me pregunte usted por qué maté a aquel par de sujetos en el Poker Saloon, ni me pregunte por qué soy tan guarro, ni por qué disparo tan bien, ni por qué a mí no me asusta ni el demonio, ni por qué un tipo como yo sabe hablar tan bien y hasta escribir de maravilla... Vamos, que usted tampoco me pregunte nada a mí, ¿estamos?

—Es usted un impertinente.

—A veces sí, lo admito. Pero admita, por su parte, que considerando mi mala catadura me estoy comportando educadamente con usted, y que la trato como una dama. ¿No es cierto?

—No tengo ganas de conversación.

—Pues avíseme cuando las tenga.

La mañana era espléndida; Brook se puso a silbar, cabalgando como si estuviese instalado en un cómodo sillón. Parecía el tipo más cansado y gandul del mundo. El camino era tierno y hermoso, se veían vacas por todas partes. Loretta miraba de cuando en cuando de reajo al pistolero, que parecía haberla olvidado completamente.

Pero no la había olvidado. De un modo extraño y profundo Loretta sabía que contratando a Brook había realizado una de las mejores operaciones de su vida.

Poco después divisaban el rancho. Loretta volvió a mirar de reajo a Brook, y le vio el gesto de aprobación. Pero luego ya no hizo ningún otro gesto ni demostró nada. Cuando llegaron ante el amplio porche de la casa, él se apresuró a desmontar para ayudarla a descender del calesín. Tenía la mano fuerte, dura, nervuda, quemada por el sol, y Loretta la sintió en la suya como si fuese talmente de piedra.

En el porche de la casa habían aparecido dos criadas. Desde el barracón de los vaqueros se acercaban dos hombres, mirando con mal contenida expectación al patilargo pistolero.

Uno de los hombres llegó diciendo:

—Ya suponíamos que había decidido pasar la noche en casa de alguna de sus amigas, señora Miles, pero nos disponíamos a ir a Llano ahora mismo por si había ocurrido algo.

—Todo está bien, Wayne. Éste es Brook, un pistolero que he contratado como guardaespaldas. Brook, él es Wayne Redson, mi capataz.

—¿Qué tal, Wayne? —saludó inexpresivamente Brook.

—Bien, gracias —murmuró Redson, casi sin mirarlo—. ¿Tan mal están las cosas, señora Miles, que necesitamos pistoleros?

—Si Brook no me hubiera acompañado, yo no estaría, aquí ahora, habría tenido que regresar a Llano, pues Granger ha puesto a dos vaqueros en el camino para impedirnos el paso en uno u otro sentido.

—¿El señor Granger ha hecho eso? —murmuró el capataz.

—Todavía hará más cosas —dijo Brook—: contratará pistoleros, gente de armas, para asegurarse de que, verdaderamente, los caminos quedan cortados.

—¡Usted qué demonios sabe! —exclamó Redson.

—De vacas, casi nada. Pero de hombres y armar se mil veces más que usted.

—No necesitamos por aquí gente como usted.

—Cállense los dos —ordenó Loretta—. Usted, Wayne, vaya a su trabajo, ya ve que estoy aquí y que todo está en orden. Y usted, Brook, venga conmigo. Y vosotras dos ¿qué hacéis ahí, Cecilia, Betty? ¿No tenéis nada que hacer en la casa?

Las dos criadas respingaron, y se apresuraron a entrar en la casa, seguidas por la mirada de simpatía de Brook, que estaba maravillado por el tamaño de los pechos de la mexicana Cecilia, toda ella una gran y hermosa flor joven, que contrastaba con la delgaducha y paliducha Betty...

Loretta había entrado ya en la casa, y Brook la siguió rápidamente. El vestíbulo era amplio, había un pasillo a la izquierda, y una escalera a la derecha, que conducía al piso de arriba, donde se hallaban los dormitorios... A la izquierda, en el arranque del pasillo, había una puerta, que Loretta había abierto, y desde la cual contemplaba hoscamente a Brook.

—¿Qué espera usted? ¡Venga aquí!

Brook se quitó el sombrero, y entró tras Loretta en el saloncito. Emitió un silbido, movió la cabeza, pareció a punto de hacer un comentario, y optó por callar. Regio mobiliario, cortinas suntuosas, cuadros, alfombras... Era una casa de ganadero auténticamente rico. Casa grande, todo de primera calidad..., empezando por la esposa, claro. Brook se acercó a uno de los cuadros que colgaba sobre un aparador bajo, y se quedó mirando al personaje, un hombre de unos setenta años, de cabellos blancos, facciones desagradables, ojos pequeños, y pequeña boca sumisa y cruel. Le produjo aversión y repulsión.

—¿Quién es? —murmuró, señalándolo con un gesto de la barbilla.

—Mi marido.

—¿Quién? —respingó el pistolero, volviéndose a mirar a Loretta.

—Mi difunto marido. Ese retrato lo encargué yo hace unos pocos meses, aunque él no quería. Escuche, Brook, no quiero que se dedique a discutir con el resto de mis empleados, ¿está claro? Le he hecho entrar en la casa porque no he querido llamarle la atención delante de nadie, pero esa cuestión debe quedar resuelta ahora mismo. Nada de discusiones ni enfrentamientos con el resto del personal. Ya puede marcharse... Instálese a su gusto en el barracón de los vaqueros.

Arkadius Benson Brook seguía mirando fijamente a Loretta. Con una fijeza quieta, reposada, penetrante. El resplandor del sol que se esparcía por el saloncito bien tamizado por cortinajes, parecía convertir los ojos del pistolero en trozos de cristal. Loretta Sheridan, ahora viuda de Randolph Miles, sintió cómo en toda su piel parecían clavarse miles de alfileres al rojo vivo que le produjeron un hondo estremecimiento lento y prolongado que estuvo segura de controlar ante la mirada del hombre. Fue talmente como si toda su carne, toda su piel, estuviera sometida a un fuego terrible.

De repente, Brook dio media vuelta y abandonó el saloncito.

\* \* \*

Se oía el croar de las ranas, habitantes de las cercanas charcas que formaban los riachuelos del Lake Buchanan. La noche estaba estrellada, con una nitidez impresionante. Estrellada y perfumada. Olía a vacas, y a recuerdo de flores.

Ésta fue otra idea que le gustó a Brook: olor a vacas y a recuerdo de flores. Era una tontería, claro, pero lo cierto era que olía a eso. ¿No era curioso? ¿Cómo se podía oler a recuerdo de flores?

El leve ruido alertó súbitamente al pistolero, que en un abrir y cerrar de ojos salió de la manta revólver en mano y fue a acuclillarse junto a unos arbustos. Volvió a oír el ruido, y esta vez pudo localizarlo perfectamente: procedía del camino que él había seguido para llegar hasta allí desde el rancho. Alzó el revólver y lo amartilló lenta, suave, silenciosamente...

—Brook —oyó la voz de Loretta Miles—. ¿Está por aquí, Brook?

Benson Brook quedó como convertido en piedra. Luego, despacio, bajó el percutor y enfundó el revólver. Se incorporó. A la luz de las estrellas vio

aparecer la silueta de, Loretta, muy fácil de divisar, pues llevaba un vestido blanco.

—Aquí, señora Miles —murmuró.

Loretta respingó, y acto seguido se acercó a él, pasando junto a las mantas que el pistolero había preparado como lecho para aquella noche. Las ranas seguían croando, lejos. Las más cercanas habían enmudecido.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó Loretta, deteniéndose ante Brook—. ¡Le dije que se instalara en el barracón de los vaqueros!

—No me pareció una orden, sino una sugerencia. Supuse que para usted carecía por completo de importancia dónde durmiera yo.

—Pues... sí, claro, pero... ¿por qué aquí? No lo comprendo. ¿Acaso no le gusta el barracón? Tengo la certeza de que es confortable y...

—Huele mal. Los vaqueros huelen demasiado a vaca. Y consecuentemente a boñiga de vaca. No me gustan las vacas, y todavía menos sus boñigas.

—Dios bendito —se pasmó Loretta—. ¿Usted encuentra que los vaqueros huelen mal? ¡Qué cosa tan sorprendente!

—El hecho de que yo huela mal no quita que los demás también puedan oler mal —gruñó Brook—. Sólo que yo huelo a hombre, aunque sea mal, y ellos huelen a vaca. Dicho claramente, señora Miles: a mierda de vaca.

—Jamás habría pensado que fuera usted tan delicado.

—Pues ya ve. Además, se está muy bien durmiendo al raso.

—No diga tonterías. Tal vez ahora esté bien, pero por la mañana el relente es horroroso.

—Estoy acostumbrado. Me gusta dormir bajo las estrellas, y cabalgar en el arco iris. Me gusta ver... Ah; perdón: olvidaba que a usted no le gustan las canciones. El nombre de su rancho me recordó una de cuando yo era joven, pero quede tranquila: no la cantaré.

—Se lo agradezco —de pronto Loretta soltó una carcajada—. ¿Qué ha querido decir con eso de cuando era joven? ¿Es que no lo es ahora?

—Menos que usted.

—Oh, bueno, pero tener unos pocos años más que yo no significa ser viejo. Seguramente no tiene usted más de treinta años.

—Tengo más de treinta, pero menos que el caballero del cuadro.

—¿A qué viene eso ahora?

—Será mejor que vuelva a su casa. Con el vestido que lleva puede enfriarse muy fácilmente. Cuando menos debió traerse un chal.

De nuevo sintió Loretta aquella especie de calambre ardiente que penetraba en toda su piel, y eso la alivió unos segundos del frío que, en efecto, sentía, pues el vestido era sin mangas y escotado; incluso demasiado escotado, un vestido de salón que no encajaba allí en absoluto.

—Deje que yo me ocupe de mi vestuario, Brook —se oyó a sí misma Loretta, casi con sorpresa.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Wayne me ha dicho que a los muchachos no les ha gustado que desdeñara su barracón, sobre todo después de algunos comentarios que usted hizo.

—Los comentarios que hice yo resultaron simpáticos comparados con la provocación que estaba tramando su capataz. A él no le gusto, y yo sé muy bien cuándo alguien me anda buscando las vueltas. Así que preferí dormir bajo las estrellas que dejarla sin capataz.

—Usted no sabe lo que dice.

—Señora Miles, lo repetiré, pero sólo por esta vez; yo no entiendo mucho de vacas, pero sí de hombres y de armas.

—¿Por qué habría de provocarle Wayne?

—Pregúnteselo a él.

—¡Claro que no haré semejante cosa! Eso no puede ser cierto. Haría falta estar loco para provocarle a usted, que es un profesional del revólver. Usted tiene que estar equivocado, Brook.

—Es posible. Pero durmiendo aquí me siento mejor. Sé que nadie tiene por qué acercarse a mí, así que no vacilaré en disparar. En cambio, dentro de un barracón, cualquiera podría acercarse..., ¿y cómo saber cuáles eran sus intenciones?

—No sé si le entiendo bien. Además, Wayne tiene su propia vivienda, como capataz que es del Rainbow Ranch.

—Pues muy bien, cada cual en su vivienda: él en su casita, yo en el llano, y usted en su mansión. Buenas noches, señora Miles.

Loretta alzó orgullosamente la barbilla.

—Usted no es quién para despedirme, ¿sabe? Soy yo quien ha de dar las buenas noches, soy yo quien ha de decidir cuándo termina esta conversación.

—Señora Miles: ¿qué es lo que quiere usted, a qué ha venido aquí realmente?

—¿Qué...? Pero... ¿de qué habla? —se sofocó Loretta—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Será mejor que nos despidamos.

—¡Exijo que me explique qué ha querido decir!

—Vamos, no se ponga cerril. Es una señora, ¿recuerda?

—Es usted... es un... un... ¡un puerco salvaje!

Con inesperada violencia, en un gesto rudo, casi brutal. Brook agarro a Loretta por la roja cabellera, y de un tirón atrajo a la muchacha de modo que ésta quedó como aplastada contra el pecho del hombre. Los rostros quedaron tan juntos que casi se tocaban. Loretta hizo un gesto de rebeldía, pero la mano de él apretó con más fuerza, inmovilizándola dolorosamente. El dolor y el control eran tales que Loretta quedó como paralizada, con la cabeza torcida hacia un lado.

—Escuche —susurró fieramente Benson Brook—, a mí no me gustan esta clase de juegos dama-caballero-que-quieren-pero-no-quieren-y-que-mientras-tanto-se-divierten, ¿comprende? Para decirle eso a un pistolero una dama no se pone su mejor vestido, se perfuma, y sale de noche sola con riesgo de romperse una pierna en un hoyo o caer en una charca con mil ranas... Puede que me equivoque, pero me importa bien poco, porque equivocado o acertado, a mí no me gustan esos juegos, y por tanto no sé jugarlos. De modo que vaya con mucho cuidado conmigo, manténgase en su sitio, y yo me mantendré en el mío, cuidando de su salud y sus conveniencias. ¿Me ha entendido, flor nocturna?

—Suélteme —jadeó Loretta.

—De acuerdo.

Brook la soltó. Ella quedó ante él, jadeante, con los ojos dilatados y como encendidos con mil fuegos de furia.

—Puerco asqueroso... ¿Qué se ha creído?

—Acepte mi consejo, señora Miles: ¡lárguese!

Ella aspiró hondo, pareció a punto de decir algo más mientras las estrellas parecían de fuego en sus ojos negríssimos, y, de pronto, dio media vuelta y emprendió el regreso a la casa. Brook quedó inmóvil, apretados los labios, que se estiraron en una sonrisa cuando oyó el chapoteo y enseguida la exclamación de Loretta Miles.

—Se lo advertí —dijo—: se va a caer en una charca.

—¡Váyase al infierno!

Brook rió quedamente, y volvió a meterse entre las mantas que componían su lecho. Sonrió todavía un par de veces, oyendo otros tantos chapoteos. Ciertamente, la señora Miles no llegaría a su casa tan elegante y compuesta como había salido de ella.

Diez minutos más tarde, en su habitación amplia y lujosa, Loretta Miles procedía a desnudarse, tirando a un lado las ropas mojadas y los zapatos empapados. Se había enfadado tanto con Brook que no había atinado con el camino de vuelta, al poner mucho menos cuidado que a la ida. Y ahora estaba allí con los pies helados, oliendo a perfume y a charca..., y furiosa como pocas veces lo había estado en su vida.

—Cerdo repugnante —jadeaba mientras terminaba de desnudarse—. ¡Asqueroso cerdo repugnante y descarado! ¿Qué se ha creído?

Ya completamente desnuda, se acercó al tocador, uno de cuyos cajones abrió, para sacar un camisón que era una pura caricia. En el momento en que iba a ponérselo se vio reflejada en el ovalado espejo, y se quedó contemplándose como si nunca hasta entonces se hubiera visto desnuda. Dejó el camisón sobre el tocador, y, lentamente, se pasó las manos por el cuerpo, de modo especial por los senos, que notó tensos, rígidos, como a punto de estallar. De repente, sintió aquella oleada de calor abrasador que pareció a punto de fulminarla, y tuvo que sujetarse al tocador.

-Te voy a dar una lección que no olvidarás mientras vivas —jadeó.

## CAPÍTULO IV

—Son tres hombres absolutamente horribles —dijo una vez más Sheila Adamson, la amiga de Loretta—. ¡Tendrías que verlos, Loretta!

—No lo creo necesario —aparentó su habitual serenidad la señora Miles—. Sí tú dices y repites tanto que son horribles, es que son horribles.

—Son... ¡son espantosos y horrorosos!

—Está bien, tranquilízate. ¿Quieres más té?

—No... ¡Oh, Loretta, parece que no te importe lo que te he dicho!

—Sí que me importa, pero... ¿qué quieres que haga? ¿Qué puedo hacer?

—Pues no sé... ¡Pero yo tenía que decírtelo! No sería una buena amiga si no te hubiera advertido.

—Desde luego. Y te lo agradezco mucho, de veras.

—¡Tienes que hacer algo!

Loretta suspiró, se alzó del sillón, y se acercó a mirar por una de las ventanas hacia la amplia explanada frente al porche. Ladeándose un poco, alcanzó a ver a Brook, que estaba siempre donde tenía que estar, es decir, cerca de ella, cumpliendo con su bien pagada obligación de guardaespaldas.

El pistolero estaba sentado en el porche, en una banqueta, liando en aquel momento uno de sus delgados cigarrillos. La mirada de Loretta quedó fija en las manos nervudas del pistolero. Le parecía imposible que con aquellas manazas pudiera tener la habilidad de liar un cigarrillo. Parecían más adecuadas para tirar del revólver..., o para sujetar con espantosa fuerza a una muchacha... Hacía de esto tres días, y Loretta no había conseguido olvidar aquel momento, el aliento de hombre impactando violentamente en su rostro cuando él le dijo todo aquello y la llamó flor nocturna, con aquella burla feroz, rabiosa...

Pero ésa era otra cuestión. Ahora, hacía unos minutos, Sheila había llegado con la inquietante noticia de que tres hombres llamados Tuy. Fallon y Korvin habían aparecido en Llano la tarde anterior preguntando por el tal Brook, el tipo que había matado a sus amigos Dawson y McCordy. Querían darle un buen escarmiento a Brook, se habían enterado de qué estaba

empleado en el Rainbow Ranch, y andaban por ahí diciendo que si el tal Brook no se dejaba ver por Llano ellos irían al Rainbow a buscarlo, y que lo iban a encontrar aunque fuese entre las cenizas del rancho... O sea que amenazaban bien claramente con incendiar el rancho si Brook no iba a Llano.

La idea brotó súbita en la mente de Loretta, que se volvió hacia el centro del saloncito donde Cecilia, la encantadora criada mexicana, esperaba instrucciones o servir té a la invitada de su patrona.

—Cecilia, ve a decirle a Brook que venga, por favor.

—Sí, señora.

Brook entró un minuto más tarde, con el sombrero en una mano y el cigarrillo colgando de los labios.

—Usted dirá, señora Miles.

—He decidido prescindir de sus servicios, Brook. Pero no se preocupe: le pagaré dos meses y una prima. ¿Le parece bien mil quinientos dólares en total?

—Mil quinientos dólares por apenas cuatro días de trabajo le parecería bien a cualquiera —sonrió el pistolero—. Incluso al señor presidente de los Estados Unidos. ¿Le había dicho ya que como buen tejano luché en la Confederación? Pero puesto que perdimos la guerra...

—Brook, eso no le importa a nadie ahora. Le extenderé un cheque contra el Texas Bank en la sucursal de Austin.

—Estoy seguro de que me lo pagarán. Es usted muy generosa, señora Miles. Muchas gracias.

—Deseo que se marche ahora mismo, Brook. Y no quiero que le diga a nadie adónde va. Yo diré que he prescindido de sus servicios y eso será todo. ¿Entendido?

—Naturalmente, señora Miles.

—Bien... Bien.

Loretta fue a sentarse ante el buró, cuya tapa de persiana alzó. Procedió a extender el cheque, mientras Sheila Adamson sentía que un sonrojo le iba y otro le venía ante la amable y ciertamente socarrona mirada del mugriento pistolero de los ojos color de acero. Oh, sí, tenía los ojos color de acero, y era... era... ¡Dios mío, era lo más impresionante que había visto en su vida!, pensó Sheila.

—Ya está —Loretta se puso en pie, y se acercó al pistolero tendiéndole el cheque—. Adiós, Brook.

—Adiós, señora Miles.

—Vaya directo a Austin. Cuanto menos tiempo lleve encima el cheque menos riesgo correrá de perderlo.

—Lo tendré en cuenta, señora Miles.

—Bien... Adiós.

—Adiós, señora Miles.

Brook hizo un gesto de despedida con la cabeza, se puso el sombrero, y abandonó el saloncito. Loretta fue de nuevo a la ventana, y Sheila se reunió con ella. Ambas vieron a Brook salir al porche, y encaminarse hacia las cuadras, en cuyo interior desapareció. Reapareció apenas cinco minutos más tarde, montado en su caballo y con el reducido petate amarrado, al borren. Sencillamente, el pistolero se fue.

—Bueno —suspiró Sheila—, has sabido resolver la situación: ¡esos hombres horrendos no vendrán a quemarte el rancho, Loretta!

—Eso espero —murmuró la señora Miles.

—Lo que a ellos les interesa es Brook, así que en cuanto se enteren de que ya no trabaja para ti te dejarán en paz y se dedicarán a buscarlo... Pero eso ya no es cuenta tuya. Lo único que no me ha convencido demasiado de tu inteligente solución es lo del dinero... ¡Cielos, mil quinientos dólares por cuatro días de trabajo!

—Tengo mucho dinero, Sheila.

—Ya lo sé. ¡Pero, querida, eso no justifica que lo malgastes con piojosos como ese Brook!

—Brook no tiene piojos.

—Yo no estaría tan segura de eso, francamente. Pero bueno, lo mejor es que lo olvidemos: Has hecho bien en despedirlo, ¿sabes? Porque no sólo se trata de lo de esos tres hombres, sino de lo otro, de lo que se rumorea de que el señor Granger y los demás van a contratar media docena de pistoleros profesionales para que acompañen a los vaqueros por todos los caminos que llegan al Rainbow Ranch.

—Si, ya sé... No tendré más remedio que ceder, y poner en manos de esos caballeros todo el Rancho del Arco Iris.

—¿No es mejor eso a que te lo quemem..., contigo y con ese Brook dentro?

—No, no es mejor.

—¡Cómo que no! —se asomó Sheila.

Loretta la miró con ojos extraños, como resplandecientes.

—No has entendido nada de nada, Sheila —murmuró—. Pero no importa. Ah, quisiera pedirte un grandísimo favor: no digas a nadie que sabes hacia

dónde se dirige Brook. Bueno, simplemente, tú no sabes nada de nada de todo esto. Es muy fácil, ¿verdad?

—Facilísimo. ¡Qué suerte has tenido al desprenderte de él!

—Sí... Mucha suerte. Espero que llegue a Austin sin novedad.

\* \* \*

Debía ser cerca del mediodía cuando Brook entró parsimoniosamente en Llano. Media hora más tarde el sol empezaría a ser cosa en verdad seria, y la mayoría de la gente desaparecería hasta las cuatro, más o menos hasta que el sol dejase de derretir piedras y asar escorpiones. Pero de momento todavía reinaba bastante actividad en la población; esa actividad que precede a la hora del almuerzo, de la calma.

La llegada del pistolero no pasó desapercibida para nadie. Incluso un par de perros aparecieron y se pusieron a ladrar junto a las patas de su caballo «Star», siendo ignorados tanto por el caballo como por el jinete, que continuaron su camino.

Camino que terminó ante el porche del General Store, tras cuyos cristales unas cuantas damas se agolpaban para contemplar tan de cerca como nunca habrían soñado al hombre que había matado a dos en un santiamén y que luego había sido adquirido por la viudita...

Pero las señoras se equivocaban, todavía pudieron ver más de cerca al pistolero: justo cuando éste entró en la tienda, y, momentáneamente ciego al provenir de la luz del sol a la penumbra de la tienda, se quedó parado apenas entrar.

Cuestión de segundos. Vio entonces a las agrupadas y sobresaltadas damas, sonrió, se quitó el sombrero, y se acercó al mostrador. El propietario de la tienda trotó hacia aquella parte, lívido. Si los tres tipos que buscaban a Brook se enteraban de que estaba en su tienda quizá incendiasen ésta, en lugar del Rainbow Ranch.

—¿En qué puedo servirle? —se ofreció nervioso el hombre.

—Quiero tabaco y tres sogas. El tabaco es para fumarlo yo, las sogas son para colgar de uno de los castaños de la plaza a esos tres tipos que andan chuleando por el pueblo a mi costa. A ver si tienen narices y se dejan ver ahora que yo estoy aquí.

El tendero estaba que ni respiraba de puro espanto, y las damas parecían a punto de desmayarse. El tendero reaccionó, sirvió lo pedido a Brook, y éste

pago, se guardó el tabaco, y cargando con las tres sogas de cáñamo enrolladas salió de la tienda y se dirigió a pie hacia la plaza, seguido por su caballo.

Detrás de Brook salieron de la tienda las clientas, que se alejaron en diferentes direcciones. Brook volvió la cabeza, las vio, y sonrió. En cuestión de segundos todo el pueblo estaría enterado de las palabras que el pistolero Brook había pronunciado en el General Store.

Pero hasta entonces, él continuó camino de la plaza, a la cual llegó sin novedad. Desenrolló las cuerdas, hizo lazos corredizos, y los pasó por una formidable rama. Dejando colgando los tres lazos mortales, Brook se dedicó a bombear agua para su caballo, luego lió un cigarrillo, y se sentó en su banco a la sombra, dispuesto a esperar.

No tuvo que esperar ni cinco minutos.

El tiempo de fumarse el cigarrillo.

Supo que la cosa estaba funcionando según lo previsto cuando toda la calle quedó vacía y silenciosa como si fuese la de una de tantas ciudades fantasma. El silencio era tal que presionaba en sus oídos. En el reloj del Ayuntamiento dieron las doce en aquel momento, y todo el silencio saltó hecho añicos. Cada campanada era como un cañonazo musical cuyos ecos se extendían como si quisieran llegar al fin del mundo.

Cuando terminaron las campanadas los tres hombres ya estaban en la calle, caminando hacia la plaza.

Brook los vio, se puso en pie, se acomodó mejor el sombrero sobre las greñas, y dio un manotazo en una anca a su caballo, que se alejó como de mala gana. Brook se quedó a la sombra del castaño, inmóvil, contemplando inexpresivamente a los tres hombres que se acercaban lentamente. No era la primera vez que se encontraba en una situación semejante, y todo lo que sentía era una ira sorda, fría, que parecía ponerle un nudo en el estómago.

—¿Brook? —llamó uno de los sujetos.

Brook no se movió. Los tres pistoleros continuaron caminando hacia la plaza. Finalmente, se detuvieron, a unos sesenta metros de donde se hallaba Brook. Cada uno de ellos estaba separado por cinco o seis pasos de sus compinches.

—¿Es usted Brook? —insistió el mismo de antes.

—Sí. ¿Y usted quién es?

Las voces llegaban fácilmente pese a la distancia, era como estar hablándose a pocos pasos.

—Yo soy Fallon, y éstos son mis amigos Korvin y Tuy. Pensamos que quizá usted, querría darnos una explicación sobre la muerte de nuestros

amigos McCordy y Dawson.

—Yo nunca doy explicaciones sobre unos hijos de puta a otros hijos de puta.

La voz de Brook llegó nítida en el brutal insulto. Los tres hombres acusaron el impacto, y se dispusieron a reanudar la marcha hacia Brook. Porque ya se sabe que sesenta metros son demasiados para una pelea a revólver, ya que no sólo las balas se desvían casi siempre, sino que, suponiendo que se tenga un revólver de primera calidad y se sepa cuánto y cómo desvía, hay que ser un tirador absolutamente excepcional para intentar el disparo a aquella distancia.

De modo que no cabía esperar que nadie lo intentase.

Brook, simplemente, lo hizo.

Sacó el revólver con la velocidad del rayo, y comenzó a disparar, sin nerviosismo alguno, fríamente.

A sesenta metros, el charlatán Fallon lanzó un aullido espantoso cuando la primera bala disparada por Brook le acertó en la rodilla derecha y lo derribó dando un giro que lo llevó de bruces sobre el polvo. A la izquierda de Fallon, Tuy desenfundó el revólver, disparó..., y su bala se perdió quién sabe hacia dónde..., mientras la segunda bala disparada por el implacable Brook le acertaba de lleno en el estómago y lo dejaba sentado, con el rostro descompuesto por el dolor y olvidando completamente su revólver. Korvin pálido como un muerto, también desenfundó, pero, comprendiendo que él nunca alcanzaría normalmente un blanco disparando con revolver a aquella distancia, colocó el arma sobre el codo para apuntarla bien, y apuntó para asegurar el disparo...

La bala disparada por Brook le acertó en el ojo que tenía abierto para apuntar utilizando la mira y el alza; le reventó el ojo, se alojó en su cerebro, lo mató en el acto, y lo derribó de espaldas sobre el polvo, con un ojo convertido en un manchurrón de sangre y el otro cerrado en un guiño que resultó trágico.

A pocos pasos, todavía en el suelo y aullando de dolor por la cruel herida en la rodilla. Fallon desenfundó su revólver, y, enloquecido de dolor y furia, disparó tres veces seguidas contra Brook. La primera bala se fue inofensivamente hacia el cielo; la segunda arrancó unas hojas del castaño; la tercera mordió rabiosamente el cuerpo de Brook a la altura del pectoral derecho, arrancando tela y piel.

Brook disparó entonces su cuarta bala, con la misma indiferencia aparente con que había disparado las anteriores, haciendo gala de una puntería absolutamente escalofriante: el plomo acertó a Fallon justo sobre el corazón,

reventando tela y carne, salpicando gotas de reluciente sangre en un metro a la redonda mientras Fallon caía hacia atrás sobre su rodilla herida, que terminó de romperse con horripilante crujido, cedió, y el pistolero rebotó sobre ella, giró, y quedó de bruces sobre el polvo.

Sentado, con las manos en la herida del vientre, Tuy seguía sollozando, elevando al sol los únicos sonidos que se oían ahora en todo Llano. El pistolero Brook estuvo unos segundos mirándolo malignamente, hasta comprender que allá no tenía enemigo. Entonces, recargó el revólver, lo enfundó, y caminó despaciosamente hacia donde yacían los tres hombres. Al verlo acercarse Tuy palideció, y sus ojos de criminal acobardado, como heridas siniestras en su rostro brutal, quedaron fijos en Brook dilatadas las pupilas.

Brook llegó ante él, y se acuclilló, cara a cara con el ahora despavorido pistolero.

—No es cierto que seáis amigos de Dawson y McCordy ¿verdad? Os dijeron que dijerais eso para que no sospecharan que sois revólveres de alquiler, para que no se supiera todavía que alguien aparte de la señora Miles está contratando pistoleros... ¿Cierto?

—Sí —jadeó Tuy—. Sí, sí...

—Bien. ¿Quién os contrató y os dio instrucciones? ¿Dónde?

—Un... un sujeto llamado... llamado Kastein nos contrató hace... hace dos días, en... en Santone..., y nos dijo... lo que teníamos que hacer.

—¿Incluido realmente quemar el Rainbow Ranch?

—Especialmente eso, sí...

—¿Dónde está ahora ese Kastein?

—¡No tengo ni idea!, pero entiendo... que vive por aquí... ¡No sé nada más! Y me... me estoy... desangrando y me... me voy... a desmayar...:

—Vamos, no seas llorica —sonrió pérfidamente Brook—: sólo las damiselas se desmayan, hombre.

—Me... me estoy... muriendo...

—Que no, hombre. Te lo parece a ti, pero no.

—Me... me muero...

—¿No te digo que no, so rata?

-Me... me m-m-mu-mu...

Tuy cayó de costado, lentamente, y se quedó bizco, como contemplando maravillado el polvo en el que hundía la nariz. Brook movió la cabeza con un gesto entre maravillado e incrédulo.

—¿Qué te parece? —se preguntó—. ¡Realmente se ha muerto!

Agarró a Tuy por la ropa de una pernera, y tiró de él hacia la plaza, dejando un camino en el polvo. Acto seguido hizo lo mismo con Fallon y finalmente con Korvin. No se veía a nadie, no se oía nada. Incluso el *sheriff* Cannon debía estar distraído en otros asuntos que le impedían enterarse de lo que sucedía. O quizá sí que el hombre estaba ocupado por ahí, no había que ser tan quisquilloso.

Cinco minutos más tarde, Tuy, Fallon y Korvin colgaban de la rama del castaño por medio de las ásperas sogas nuevas de cáñamo. Pero no por el cuello, sino por un pie, componiendo un cuadro estremecedoramente trágico... y una advertencia que sólo un loco desdeñaría.

Las moscas acudieron a las heridas de los tres cadáveres, gente de mala ralea, carne de horca realmente. Tenían lo que se habían merecido tras una vida de crímenes y salvajadas de toda clase contra seres humanos que no podían defenderse de ellos, que eran unas bestias.

Tenían lo que se merecían.

Incluso aquellas moscas que se comían su sangre y se paseaban, ávidas, por sus pupilas que ahora parecían de viejo y asqueroso cristal en el que se expresaba el dolor, la rabia, y el miedo a la muerte..., que finalmente les había concedido su turno.

## CAPÍTULO V

—¿Y dónde está ahora ese hombre? —murmuró John Granger.

—Se fue al banco.

—¿Al banco?

—Sí señor, al banco. Bueno, entró en el banco, eso es todo lo que puedo decirle, pues en cuanto él desapareció de escena yo salí de mi escondrijo y me vine a todo galope hacia aquí.

—Kastein —se endureció la voz de Granger—: eres un maldito cobarde. ¡Debiste disparar contra ese Brook, aprovechando que él no te veía!

—Tal vez le habría disparado si hubiera tenido la seguridad de que lo iba a matar, pues no me gustó nada que fuese a conversar con Tuy. Temo que éste le dijera algo.

—¿A qué te refieres?

—No hace falta ser muy listo para pensar que probablemente Brook le preguntó a Tuy quién los había contratado... Porque eso de que eran amigos de McCordy y Dawson sólo se lo han debido creer cuatro infelices.

—O sea, que muchos han comprendido que esos tres hombres vinieron aquí contratados.

—Naturalmente. Y todavía será más claro cuando lleguen los otros seis que contraté en previsión de que la señora Miles, después de morir Brook, quisiera contratar a otro u otros pistoleros. Mire, señor Granger, no nos engañemos: esto es el principio de una guerra entre ustedes y la señora Miles, y la gente tendrá que comprenderlo así... Y no les gustará que ninguno de los dos bandos empiece a contratar pistoleros.

—Todo esto no estaría ocurriendo si hubiera muerto Brook, pues entonces quizá Loretta recapacitaría y ya no se resistiría más. ¡Maldita sea, debiste matar a Brook!

—Me parece que eso no va a ser nada fácil —murmuró Kastein.

—¿Por qué?

—Bueno, señor Granger, ese hombre es un pistolero, ¿comprende? No es un papanatas que va por ahí paseando el revólver, sino un pistolero de verdad,

con una sangre fría y una mala leche impresionante. No se inmuta, parece que no se entera de nada y que nada le interesa, pero...

—Bueno —le interrumpió furiosamente John Granger—, por muy pistolero que sea lo vamos a quitar de enmedio rápidamente en cuanto lleguen los otros seis pistoleros. Si dices que uno de esos tres lo hirió, los otros seis bien pueden matarlo, ¿no?

—Espero que sí. Tampoco hay que exagerar: seis hombres contra uno es una desproporción demasiado grande.

—Bien... Bien. Bueno, si ese tipo se quedó en el pueblo tal vez haya llegado el momento de hacerle mi... visita especial a Loretta Miles. Tú vas a venir conmigo.

\* \* \*

Loretta Miles estaba mirando absorta por una de las ventanas del saloncito cuando vio aparecer a los dos jinetes. Identificó muy pronto al más grueso: John Granger.

La visita no le hacía ninguna gracia a Loretta. Revelaba bien claramente que Granger se había enterado de que ella había quedado sola de nuevo, y volvía a la carga. Los cuervos volvían a revolotear sobre su presa indefensa.

Caía un sol de fuego. Era esa hora en la que todos procuran evitar ir de un lado a otro, y permanecen a la sombra, incluso a ser posible durmiendo. Sin embargo, John Granger, el importante, obeso y sudoroso señor Granger, realizaba la visita a tan incómoda hora. Loretta comprendió que esto debía tener un buen motivo, y eso la intrigó, como la intrigó que Granger llegase acompañado solamente de Kastein, su capataz.

Por supuesto más intrigada que cortés, Loretta salió al porche a esperar a los dos hombres, cuidando muy bien de permanecer a la sombra.

—Buenos días, Loretta —llegó saludando Granger—. ¿Dispone de un minuto para conversar conmigo?

—Me parece que todo está dicho entre nosotros, señor Granger.

—Ni mucho menos —sonrió enigmáticamente el ganadero—. Me permito aconsejarle que charlemos unos minutos. Pero por favor, no aquí.

—Desmonten y entren en la casa —murmuró la viudita.

Entraron los tres al saloncito, los dos hombres sombrero en mano. Comparado con el fuego solar del exterior allá se estaba deliciosamente fresco.

—He aprovechado que su pistolero no la acompaña para venir a visitarla —dijo Granger—. Francamente, es un hombre que causa... inquietud.

—¿Cómo sabe usted que Brook no está aquí?

—Porque está en el pueblo.

—¿Brook está en Llano? —exclamó Loretta.

—¿Acaso no lo sabía usted? Hace poco ha matado a tres hombres allí. Kastein estaba en el pueblo, y presencié la pelea. Al parecer eran tres sujetos amigos de los dos anteriores que mató Brook, y querían vengarlos.

—¿Y Brook ha... él está...? ¿Quiere usted decir... que los ha matado a los tres?

—En efecto. Un hombre muy peligroso su pistolero, Loretta —Granger sonrió de modo pretendidamente simpático—. Es por eso que he pensado ofrecerle una solución amistosa al asunto que tan desagradablemente nos ha enfrentado.

—¿Una solución amistosa? Permítame dudarle, señor Granger. Y otra cosa: ¿por qué no ha regresado Brook?

—Lo último que sabemos de él es que fue al banco.

Y cabe suponer que después acudiría al doctor Percyval, para que le curase la herida. Todo eso lleva tiempo.

—De modo que le hirieron —palideció Loretta.

—Poca cosa —intervino Kastein—. Ni siquiera pareció que él se enterase.

Loretta tragó saliva, y asintió. Sí, Brook debía tener la piel muy dura. Y era codicioso: se había apresurado a cobrar su dinero, para lo cual, en lugar de perder una jornada de viaje yendo a Austin, había ido directamente a Llano; cuanto antes estuviera el dinero en su bolsillo mejor, claro.

Y allá, se había encontrado con los tres amigos de los otros...

—Supongo —quiso aparentar dureza de carácter Loretta— que si lo hirieron fue porque lo pillaron distraído, pues Brook no podía esperar que le atacasen tres hombres.

—Desde luego que lo esperaba —se sorprendió Kastein—. Él sabía perfectamente que aquellos tres tipos habían acudido a Llano a por él. Por eso compró las tres sogas con las que luego los colgó, tras hacer correr la voz de que estaba en el pueblo.

—Pero... ¿de qué está usted hablando? —jadeó Loretta.

Kastein explicó cómo habían ido las cosas, sorprendido de que la viudita no estuviera enterada de que Brook sí sabía que había tres hombres en el pueblo que querían matarlo o quemarlo vivo dentro del Rainbow Ranch. Al terminar Kastein el relato, Loretta tenía, lógicamente, una pregunta en la

mente: ¿cómo se había enterado Brook de la presencia e intenciones de aquellos tres hombres, con el cuidado que ella había tenido de ocultárselo?

—Bueno —dijo Granger, que contemplaba intrigado a la pensativa y sombría pelirroja—, no hemos venido aquí para contarle cosas macabras, Loretta, sino para hacerle una oferta de lo más razonable, dadas las circunstancias.

Loretta miró lentamente a su visitante.

—¿Cuál es su oferta? —musitó.

—Como bien sabe usted, el grupo de vecinos interesados en su rancho para destinarlo a pastos le ofrecimos en conjunto cincuenta mil dólares. Es la cantidad que estamos dispuestos a pagar entre todos por la casa y el ganado. Pues bien, yo le voy a hacer una oferta directa y particular...

—Es decir, que traiciona usted a sus amigos, ¿no?

—Nada de eso —rechazó Granger—. Me guía el deseo de que las cosas no se compliquen, créame. Aunque inicialmente voy a salir un poco perjudicado, no dudo que luego me resarciré. La idea es ésta: yo le compro a usted particularmente el rancho, usted cobra una buena cantidad, y puesto que yo permitiré a nuestros vecinos que sus manadas pasten en sus tierras, todo arreglado.

—Ya. ¿Y qué cantidad me ofrece usted... particularmente?

—Cien mil dólares. Por todo, claro.

—Todo vale más de doscientos mil, señor Granger.

—Escuche, estoy haciendo un tremendo esfuerzo económico, y lo soportaré. Lo que no puedo es hacer milagros. Vamos, Loretta, tiene que entender que mi oferta no podrá ser superada ni mejorada de ninguna manera.

—¿Y qué gana usted con ello? Yo diría que pierde.

—Claro que no. Es cierto que permitiré a nuestros vecinos utilizar los pastos, pero las tierras, la casa y su ganado será mío, ¿no? No es que sea un negocio fabuloso pagando por todo ello cien mil dólares, pero tampoco pierdo, y las cosas se arreglan sin... enfrentamientos ni recriminaciones.

—Quizá tenga usted razón —murmuró Loretta—. Déjeme pensarlo, señor Granger.

—¿Pensarlo? Bueno, de acuerdo, pero no entiendo qué ha de pensar.

—Quisiera aplazar la respuesta hasta mañana.

—Muy bien. No quiero que piense que trato de presionarla también de modo particular. Me alegro de haber tenido esta iniciativa..., pero le ruego que no la comente con nadie.

Nuestros vecinos podrían interpretar mal nuestro arreglo privado, y prefiero que no se enteren hasta que el Rainbow sea mío y les ofrezca los pastos.

—O sea, que usted no quiere que nadie se entere de su oferta, de que quiere comprarme privadamente el rancho.

—Exactamente. Es lo mejor, ¿no le parece?

—No lo sé..., pero en cualquier caso tampoco tengo por qué ir pregonando por ahí nuestras negociaciones.

—Estupendo —sonrió Granger—. ¿Regresará usted al Este?

—No sé lo que haré. Le acompañaré a la puerta.

Granger acusó lo directo de la despedida, pero la aceptó sin más comentarios. A fin de cuentas, lo que a él le interesaba estaba ya casi conseguido, y los desdenes de la viudita le importaban bien poco.

Cuando salieron al porche los tres se llevaron una sorpresa, casi sobresalto: instalado en la silla de su caballo como si se tratase de un sillón, con el sombrero echado hacia delante y un cigarrillo en los labios, estaba el pistolero Brook, que dijo lentamente:

—Espero que nadie la haya molestado durante mi ausencia, señora Miles.

—¡No le hemos oído llegar! —exclamó la muchacha.

—«Star» sabe galopar sin hacer ruido. A veces pienso que es más que un caballo. Le aseguro que es más listo que muchas personas que he conocido. Y hablando de conocer personas, señora Miles: ¿conoce usted a un hombre llamado Kastein, sabe quién es?

Inevitablemente, la mirada de Loretta, y hasta la de Granger, fue hacia el capataz de éste, que palideció y, de súbito, se encontró con la boca completamente seca, como si fuese de piedra. Pero Loretta volvió a mirar enseguida a Brook, y preguntó:

—¿Por qué le interesa Kastein?

—Me gustaría tener una parrafada con él. Cosas privadas.

—Haga el favor de entrar en la casa, Brook. Ahora mismo. Tengo que decirle algunas cosas, y luego ya veremos si le sigue interesando Kastein.

—Me sigue interesando Kastein, señora Miles. Y no tengo por qué obedecerla a usted: me despidió, ¿recuerda?

—Pues le vuelvo a contratar. ¡Entre en la casa!

—¿Me contrata en las mismas condiciones de la vez anterior?

—Desde luego.

—Caray —sonrió el pistolero—. ¡Con usted voy a hacerme rico en poco tiempo, señora Miles!

—¿Quiere hacer el favor de desmontar y entrar en la casa de una vez?

La acerada mirada del pistolero se deslizó sobre el porcino rostro de John Granger, se detuvo un segundo de más en los petrificados ojos del más que aterrado Kastein, y regresó a Loretta. Terminó por sonreír, desmontó tras pasar la pierna derecha por encima del pomo de la silla, y dio una palmada a «Star», que se encaminó directo hacia las cuadras. Brook disparó el cigarrillo con el índice y el pulgar, y entró en la casa.

Cuando Loretta lo hizo, el pistolero estaba ante la ventana, mirando alejarse a Granger y Kastein.

—Tengo la impresión —susurró Brook— de que el más delgado de esos dos hombres es Kastein. ¿Quién es el otro?

—John Granger, uno de mis vecinos.

—Ah, sí, ya... ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿La ha amenazado?

—No. Ha venido a hacerme una oferta... especial.

—¿Qué clase de oferta?

Loretta titubeó, pero optó por explicarle a Brook la conversación sostenida con Granger. Mientras tanto, el pistolero no dejaba de mirar hacia el exterior, siempre inexpresivas sus facciones y sus quietos ojos. Por fin, se volvió a mirar a Loretta.

—Kastein es el hombre que contrató a Fallon, Korvin y Tuy para que me mataran. No se trata de una venganza, sino de un contrato de muerte. Vendrán más pistoleros como yo, señora Miles, y tengo la certeza de que el señor Granger tampoco será ajeno a eso. Porque naturalmente usted habrá comprendido que Kastein está actuando obedeciendo órdenes de su patrón, ¿verdad?

—Parece lo más lógico —murmuró Loretta—. ¿Cómo se enteró de lo de esos tres hombres? Yo le envié precisamente a Austin para evitar... para evitar complicaciones.

—Claro —sonrió Brook—. De ninguna manera podía hacerle gracia la idea de que le quemaran el rancho, ¿no es eso?

—Sí... claro. ¿Cómo se enteró usted?

—Me lo dijo Cecilia. Y nada de molestarla por eso, ¿entendido? Su intención era buena hacia usted y hacia mí, pues quiso prevenirme.

—No sabía que hiciera usted tan buenas migas con Cecilia.

—Yo hago buenas migas incluso con las ranas que croan todas las noches cerca de mi dormitorio.

—Menos conmigo. Ni siquiera sabe obedecerme. Le envié a Austin, ¿no es cierto?

—¿Qué diría usted si le dijera, que la idea de alejarme de su lado no me hace ninguna gracia? Y no precisamente porque me pague un buen sueldo.

—Ya. Por eso desprecia mi dinero, supongo. Sé perfectamente que se apresuró a ir a cobrarlo en la sucursal de Llano.

—No fui al banco a cobrar su cheque, sino a ver si había llegado mi dinero pedido en transferencia. Por otra parte, su cheque quedó inservible, no podría cobrarlo en ninguna parte. Véalo.

Brook apartó la cazadora, y, por fin, Loretta pudo ver dónde había sido herido el pistolero. Éste sacó del bolsillo superior derecho de la camisa el cheque, empapado en sangre seca, como la propia camisa.

—Le extenderé un cheque nuevo —dijo serenamente la muchacha—. Y si no tiene más camisas puedo regalarle una de él.

—¿De él? ¿De quién?

—De mi marido.

—Váyase al infierno.

Brook dejó caer el cheque al suelo, y salió del saloncito. Loretta lo vio enseguida apareciendo en el porche, en uno de cuyos escalones se sentó, procediendo a liar un cigarrillo que, evidentemente, terminó con su provisión de tabaco. El sol le pareció a Loretta como un fuego de plata. Se sentía aterrada por la fuerza del pistolero, que lo soportaba como si fuese un escorpión. Por su mente pasó la idea de que Brook podía soportarlo todo con la misma indiferencia, al menos aparente.

De pronto apareció Cecilia en el porche, y Brook volvió la cabeza hacia ella y le sonrió. La muchacha se le acercó, le murmuró algo, y el pistolero asintió, se puso en pie, y desapareció con ella por el lado izquierdo del porche, sin duda hacia la parte de atrás de la casa. Debían ir a la cocina... ¿Y quizá desde allí a la habitación que Cecilia tenía cerca de la cocina? Ahora que se fijaba bien en la mexicana, era muy bonita, además de joven... Sí, era más joven que ella, muy bonita y saludable, con unos senos que debían resultarle muy apetitosos a cualquier hombre...

Loretta Miles sentía como si dentro de ella algo estuviera retorciendo y congelando sus carnes, sus entrañas todas. Cerró los ojos, y se imaginó la escena: Cecilia y Brook en el dormitorio de la mexicana, él quitándole la blusa, dejando al descubierto sus grandes senos y besándolos... Se sentía como agarrotada, y tenía la sensación de que aquel hermosísimo sol de plata se había convertido en hielo, y de que toda ella se estaba congelando por dentro.

Emitió de pronto un grito entrecortado, dio la vuelta, y salió del saloncito a toda prisa.

Cuando estaba cerca de la cocina oyó la risa de Cecilia, y persistió su idea de que la muchacha y el pistolero estaban en el dormitorio de ella. Pero la risa de Cecilia provenía de la cocina, y Loretta fue hacia allá y empujó casi rabiosamente la puerta. ¿Cómo se atrevían a...?

Se encontró con la boca del revólver de Brook apuntando a su rostro, y lanzó una exclamación de espanto. El pistolero, vuelto ahora de espaldas a Cecilia, tenía el torso desnudo, dejando bien visible el manchurrón de sangre de la herida. Junto a él estaban Betty y Cecilia, ésta sosteniendo unas gasas con las que, evidentemente, había estado limpiando la herida de Brook.

—Acaba usted de nacer —susurró el pistolero, enfundando de nuevo el revólver que había sacado antes como un rayo—. ¡Maldita sea, no vuelva a hacer eso cuando yo esté dentro de una habitación!

—No... no sabía que... que usted estaba aquí. ¿Es grave su herida?

-No se preocupe por mis heridas, señora Miles.

Loretta miró a Cecilia, y a Betty, que la contemplaban con los ojos muy abiertos, todavía asustadas por su brusca entrada y la reacción del pistolero. De manera que allí estaban las dos, riendo con Brook. Riendo con Brook, cielo santo... ¿Qué podía haberles dicho él para provocarles la risa? Tuvo la sensación de que ella era una extraña allí, de que no encajaba con aquellas tres personas.

Dio media vuelta y salió casi corriendo de la cocina... Y ya no paró de correr hasta llegar a su dormitorio.

## CAPÍTULO VI

—No pueden hacerme eso —la voz de Loretta casi temblaba de ira, de decepción—. ¡No pueden dejarme sola, Wayne!

—Lo siento, señora Miles —masculló el capataz, sin atreverse a mirarla a los ojos—. Es una decisión que hemos tomado todos.

—Pero eso es una cobardía... ¡Me dejan sola completamente!

—Gracias —dijo Brook.

Loretta lo miró sobresaltada. El pistolero, que había entrado en el saloncito siguiendo a Wayne Redson, el capataz, estaba sentado en uno de los sillones, donde había permanecido en silencio e inmóvil mientras Redson exponía a su patrona el motivo de su visita: todo el personal del Rainbow Ranch se despedía, todos se iban del rancho. Todos absolutamente.

—Esto no iba por usted, Brook —murmuró la pelirroja.

—En ese caso no diga que la dejan sola completamente. Yo soy alguien, ¿no?

—Ya lo creo que es alguien —dijo acremente Redson—: es el culpable de todo.

—¿Sí? —alzó las cejas Brook—. ¿Por qué?

—Si no fuese por usted todo esto no estaría ocurriendo. No habrían venido tantos pistoleros a Llano, y todo seguiría tan tranquilo como siempre.

—Si no hubiera sido por mí la señora Miles ya no tendría su rancho, y ustedes se habrían encontrado sin trabajo. Aunque parece que eso no les importa, ya que se despiden todos.

—Un vaquero siempre tiene trabajo —replicó Redson—: cualquier equipo de la región habría absorbido el del Rainbow. O nos habríamos repartido entre varios ranchos.

—Ya. ¿Es eso lo que piensan hacer ahora?

—¡Usted no es quién para pedirnos explicaciones, maldito sea!

—Pues se las pido yo —dijo fríamente Loretta—. ¿Por qué hacen esto todos, por qué me abandonan?

—Simplemente, queremos marcharnos, señora Miles.

—¿Se han asustado porque han llegado más pistoleros a Llano? Sé que han llegado siete u ocho, y que cada vez son peores. ¿También éstos quieren vengarse de Brook y quemar mi rancho con nosotros dentro?

—Pues mire, ya que usted lo dice, no me extrañaría.

—¿Y no será que el señor Granger se enfadó ayer cuando le dije que no aceptaba su oferta?

—No sé de qué oferta me habla usted, señora Miles.

—Le hablo de la oferta particular que...

—¿Podemos hablar usted y yo un momento aparte? —pidió Brook.

Loretta le miró sorprendida, desconcertada, y Redson con hostilidad y desconfianza. Brook se puso en pie, se acercó a la indecisa viuda, la tomó de un brazo, y la sacó del saloncito, donde quedó Wayne Redson, portavoz de todos los empleados del Rainbow Ranch. Brook sacó de la casa a Loretta, que alzó un brazo para protegerse los ojos del sol ya casi horizontal de la tarde. En el otro brazo sentía la mano de Brook, fuerte y dura como piedra, tibia como el sol poniente.

De repente, Loretta Miles se encontró dando un insospechado paseo con el pistolero, que la soltó por fin.

—Hace dos días —dijo suavemente Brook—, el señor Granger le hizo su oferta particular. Ayer, usted le dijo que no quería venderle el rancho a él ni a nadie. Hoy, todo su personal se va, incluso Cecilia y Betty, éstas sin duda amenazadas. ¿Comprende usted la jugada, señora Miles?

—¿Qué jugada?

—La quieren dejar sola para que se aburra, se asuste, y finalmente llegue a pensar que no vale la pena luchar por este rancho, que es absurdo arriesgar nada por él.

—En realidad es lo que estoy pensando, Brook.

—Es comprensible. Mire, anteayer yo vi a Redson reuniéndose con el señor Granger y su capataz cuando éstos se alejaban. Seguramente el señor Granger ya tenía algún trato con Redson, y por fin, su capataz ha descubierto su juego de traidor. Está claro que Granger debe haberle ofrecido alguna recompensa a cambio de hacer todo esto, y él, simplemente, lo hace. A fin de cuentas, por lo que he ido sabiendo, usted no es para esta gente más que una... encantadora joven que llegó aquí nadie sabe de dónde, engatusó a Randolph Miles, y se casó con él por ambición.

—Yo no engatusé a nadie, Brook —dijo Loretta, lívida.

—Bueno, si usted me dice que estaba enamorada del tipo del retrato la creeré, claro. Pero nadie más la creerá.

—Nunca dije que estuviera enamorada de mi marido.

—Señora Miles, no la he sacado de su casa para hablar de amor..., y menos de amores ajenos. Mire, la cuestión es bien simple: nadie la quiere a usted lo suficiente para arriesgarse, y además Redson y posiblemente alguien más ha sido comprado para que se sume a la presión contra usted. Ahora, usted puede vender su rancho al grupo por cincuenta mil dólares, o a Granger por cien mil, y marcharse. O eso, o apechugar con las consecuencias. Sólo se trata de elegir..., pero nunca de suplicar, maldita sea.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Venda, o quédese pase lo que pase, pero no pida nada a nadie.

—¿Ni siquiera a usted?

—A nadie.

—¿Por qué me aconseja esto? Yo no soy un hombre..., y ni siquiera soy tan fuerte como usted, Brook.

—Al infierno con eso. Le han dejado entender que va a quedarse tan sola que ni siquiera podrá defenderse si vienen unos cuantos puercos a quemarle la casa. Todo es una pura amenaza. Quiero que lo entienda: hay unas personas por ahí que quieren que usted haga lo que ellos quieren, no lo que quiere usted; quieren disponer de sus decisiones y de su vida. ¿Lo entiende, señora Miles?

—Usted no se iría de aquí, ¿verdad?

—Sólo con los pies por delante. Es una cuestión de respeto por uno mismo, y nada más que eso. Porque lo demás, si usted quiere yo se lo soluciono en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Loretta, deteniéndose.

—Que puedo darle a esos señores tal escarmiento que jamás lo olvidarían en el resto de sus vidas. Pero eso es aparte.

—¿De qué escarmiento está hablando? ¿Acaso no ha oído que han llegado a Llano siete u ocho pistoleros...?

—Señora Miles: ¿quiere o no quiere quedarse en este rancho?

—Usted me despreciaría si no me quedara, ¿verdad?

—Yo no: se despreciaría usted misma. Pero claro, todo depende de qué clase de persona sea usted. En este mundo hay personas de todas clases, y todos tienen derecho a la vida.

—¿Incluso una jovencita que se casa por dinero con un anciano cruel y asqueroso? —susurró Loretta, palideciendo.

—Sólo dígame si se queda o se va —eludió la respuesta Brook—, porque si usted se va no tiene objeto que yo me quede, así que iría a ensillar mi

caballo ahora mismo.

Loretta miraba fijamente al pistolero, que frunció el ceño y arrojó el cigarrillo catapultándolo con el pulgar y el índice. Delante del barracón de los vaqueros éstos esperaban a su capataz, ya con sus petates preparados. El sol iba adquiriendo unos matices rojos que pronto serían malvas, luego morados... En lo más hondo de las pupilas del pistolero, Loretta Sheridan se vio a sí misma, diminuta, pero como hecha de acero negro. Nunca había conocido a nadie que estuviera tan sucio y barbudo como Brook, ni que oliera tan mal..., pero tampoco había conocido en toda su vida a nadie que le produjera aquella sensación de fuerza profunda e indestructible.

—Volvamos a la casa —dijo quedamente la muchacha.

Cuando entraron en el saloncito, Redson se alzó del sillón que había ocupado tras servirse un *whisky* del aparador.

—Muy bien —dijo Loretta—, si lo que desean es marcharse pueden hacerlo. Eso es todo, Redson.

—¿Quiere decir que usted insiste en quedarse aquí? —se mostró incrédulo el capataz.

—En efecto. Y otra cosa: ¿quién le ha autorizado a servirse un *whisky* y a sentarse? Estoy segura de que jamás se atrevió a hacer eso delante de mi marido.

—Bueno, ahora todo es diferente —sonrió irónicamente Redson.

—De eso puedes estar seguro, amigo —dijo Brook.

Se acercó a Wayne Redson, y cuando éste miraba despavorido sus manos, esperando ver aparecer en ellas el revólver de un momento a otro, Brook le propinó un escalofriante puntapié en los genitales que sonó como un trallazo. Redson saltó, cayó sobre sus rodillas, con las manos entre las ingles, y en su súbitamente lívido rostro se produjo una convulsión. No dijo ni pío. Puso los ojos en blanco y cayó de cara sobre la alfombra.

—No había para tanto —dijo Loretta.

—No lo he hecho por el *whisky* de su marido, que bien poco me importa. Lo he hecho porque este tipejo me provocó, y si entonces no reaccioné fue por no complicarle a usted las cosas. Pero puesto que él mismo se ha despedido ya no tengo que respetarlo en lo más mínimo.

Lo agarró por la ropa del cuello y lo sacó a rastras del saloncito y de la casa. Desde la ventana, Loretta vio a Brook llevar a Redson hasta el cercano abrevadero y meterlo dentro. Redson manoteó, comenzó a escupir agua, y cayó fuera del abrevadero, sobre el polvo, cuando quiso salir. Se puso en pie y quedó jadeante y tambaleante delante de Brook, que le miraba con una

indiferencia que no parecía de este mundo. Los vaqueros permanecían frente al barracón, inmóviles. Wayne Redson dio la vuelta y fue a reunirse con ellos, tambaleándose, empapado y manchado de barro hecho con el polvo.

Pocos minutos más tarde, cuando ya el calor del cielo era malva, se marchaban todos los empleados del Rainbow Ranch, y todo quedó sumido en un extraño silencio.

Brook se sentó en un escalón del porche, tranquilamente. Loretta salió a reunirse con él, y dijo:

—Es absurdo hacer todo esto por un rancho que en realidad no me importa ni poco ni mucho.

—Pero vale más de lo que le ofrecen.

—Es que ni siquiera lo hago por eso, Brook.

—¿Ve? —sonrió secamente el pistolero—: usted y yo ya empezamos a entendernos... En realidad, es muy simple: nadie que esté descontento de sí mismo puede cabalgar por el arco iris.

—Nadie puede cabalgar de ninguna manera, por el arco iris —rió ella, sentándose a su lado en el escalón del porche.

—Se equivoca. Hace días quise recitarle una canción que habla precisamente de eso, pero usted no quiso escucharme... Recordé la canción precisamente al oír el nombre de su rancho.

—¿Qué dice esa canción del arco iris? —susurró Loretta.

—Recuerdo que cuando era un muchacho que comenzaba a afeitarme, me gustaba tanto cabalgar que me pasaba días enteros fuera de casa, recorriendo las praderas. Cuando regresaba, mis padres me reñían, pero yo los desarmaba preguntándoles: ¿acaso hay algún modo mejor de vivir que cabalgando bajo el sol por las praderas de Texas? Siempre se quedaban sin saber qué decir, y terminaban riendo. Pero un día mi padre dijo que todavía se cabalgaba mejor por el arco iris. Le dije lo mismo que me ha dicho usted a mí: que nadie puede cabalgar por el arco iris. Pero mi padre, que era un zorro, ya me tenía preparada la respuesta, por medio de una vieja canción que había sacado de no sé dónde... Quizá la escribió él mismo.

Brook quedó silencioso. Loretta, que le contemplaba fascinada, preguntó, con voz apenas audible:

—¿Qué dice la canción?

—No la recuerdo muy bien.

—¡Oh, por favor, Brook...!

—Bueno, creo que más o menos dice así:

Puedes cabalgar por las inmensas praderas, puedes cabalgar por todas las montañas, puedes cabalgar por ardientes tierras o por llanos helados, puedes cabalgar incluso por el mismísimo cielo... Pero el mejor lugar para cabalgar siemprees aquél en el que te amen por ti mismo y donde te ames y respetes tú mismo, pues entonces te parecerá que cabalgas por las luminosas franjas del arco iris.

Cuando Brook terminó de recitar se hizo un silencio como de magia. El pistolero había tenido la mirada perdida a lo lejos, pero de pronto miró a Loretta, y ésta se estremeció.

—Habría quedado mejor acompañando la canción con música de guitarra —sonrió Brook—, pero no tengo guitarra. Vaya, qué demonios, ya casi es de noche... Será mejor que me retire a mis dominios. Buenas noches, señora Miles.

Se dispuso a ponerse en pie, pero Loretta le agarró una mano, reteniéndolo. Brook miró la mano de ella sujetando la suya, ofreciendo un contraste sencillamente aterrador, y luego miró a los ojos a la viudita, que susurró:

—No te vayas. Brook.

—¿Por qué habría de quedarme? Mi lugar está en...

—Dentro de la casa hay una guitarra. Y además... estaremos tú y yo.

—Sigues sin entender nada de nada —dijo secamente el pistolero.

Tiró con brusquedad de su mano, se puso en pie, y se alejó.

\* \* \*

Oyó el rumor de la aproximación, pero esta vez no desenfundó el revólver, porque sabía que era ella. Lejos seguían croando las ranas, cerca habían dejado de hacerlo. Brook, permaneció en la postura, tumbado cara al cielo, con las manos bajo la nuca, contemplando las estrellas...

No se movió ni siquiera cuando Loretta llegó y se arrodilló junto a él. Por entre los diversos olores nocturnos, el pistolero percibió de un modo totalmente diferenciado el olor a mujer, a hembra pura y simplemente. Era como un aroma único y que sólo podía desprenderse de la piel de una mujer.

—Ya estoy aquí, Brook —dijo Loretta.

Él ladeó la cabeza, y vio sólo el brillo de sus ojos en sombra, pues la muchacha se inclinaba sobre él.

—¿Y qué quieres? —gruñó.

—Como vi que se te terminó el tabaco te he traído unos cigarros.

—Maldita seas... ¿Es que todavía no has comprendido que no quiero nada que haya sido de tu marido? Ni camisas, ni *whisky*, ni tabaco... ¡Nada!

—¿Ni siquiera a mí?

Brook no contestó... Loretta estuvo esperando en vano, y finalmente se inclinó y besó en la boca al pistolero. Encontró sus labios duros, secos y fríos, de modo que retiró su boca y murmuró:

—Me estás negando la oportunidad de cabalgar por el arco iris, Brook. Supongamos que fui lo bastante sucia para casarme con Randolph Miles por dinero... ¿Significa eso que no se me puede conceder una segunda oportunidad, una sencilla y simple oportunidad para amar y que me amen por mí misma? Además, ¿tanta importancia le das a la virginidad?

—No me importa nada la virginidad. ¡Maldita sea, es que no puedo soportar la idea de que te pusieras en brazos de un tipo como Miles por dinero! Habría preferido que hubieras amado a cien hombres a que te hubieras vendido a un hombre que según tú misma era cruel y asqueroso. ¿No puedes entender esto?

—¿Y tú no puedes entender que todos tenemos derecho a equivocarnos y que te amo?

Arkadius Benson Brook no contestó. Loretta Sheridan retiró la manta con la que el pistolero se cubría, se tendió junto a él y volvió a colocar la manta. Se abrazó a Brook y volvió a besarlo en la boca, encontrándola igualmente hostil y pétrea. Pero esta vez Loretta Sheridan no quiso darse por vencida, y persistió en el beso. Por un momento, tuvo la descorazonadora impresión de que estaba intentando algo inútil, pero, de pronto, le pareció percibir como un temblor en los labios de Brook, por entre los cuales introdujo la punta de la lengua, suave, dulcemente.

Todo el cuerpo del pistolero vibró. Loretta insistió en la caricia, y los labios de Brook perdieron lentamente la rigidez. De repente, él la abrazó fuertemente, y correspondió al beso, de un modo avasallador, ardiente, casi violento. Loretta sintió aquella palpitación de todo su cuerpo que parecía como una sucesión de calambres hondos y ardientes, y se abrazó con más fuerza al pistolero, cuyas manos apretaban su cuerpo como garras enloquecidas.

Brook apartó de pronto su boca, y jadeó:

—¡Maldita seas!

—¿Y eso qué significa? —fió Loretta—. ¿Que me amas?

—¡Vete al infierno!

—Brook: ¿me amas o no? ¡Tienes que decírmelo, y tiene que ser ahora mismo, tienes que decirme si me amas o sólo... deseas esta cálida noche de sexo con una viuda enamorada...! ¡Tienes que decírmelo!

—¡Está bien, está bien, ya te lo digo, maldita sea!

—No lo has dicho. Dilo.

—¡Te digo que ya te lo he dicho!

—No lo has dicho, Brook. Has dicho que lo decías, pero no lo has dicho. Si lo hubieras dicho yo lo habría oído. Tienes que decírmelo. Mira, si sólo deseas mi cuerpo para esta noche igual te lo voy a dar, pero quiero saber si se trata de eso o de algo por lo que vale la pena entregarse, quiero saber si para ti soy sólo un sexo propicio o si por el contrario deseas llevarme siempre contigo a cabalgar en el arco iris. ¡Quiero saberlo!

—¡Va te he dicho que te amo. ¿No?! ¡Te amo, te quiero, te amo, te amo maldita sea mi estampa...! ¿Estás ya satisfecha?

—Todavía no —susurró dulcemente Loretta deslizándose su mano para acariciar bajo las mantas al hombre— pero espero estarlo muy pronto. Brook.

Una mano de éste se clavó en el desnudo hombro de Loretta que llevaba el mismo vestido de la otra noche. Loretta suspiró fuertemente, lanzando el aire caliente y perfumado de su boca al rostro de Brook. Un seno de la muchacha estaba ya al descubierto, y Brook lo besó. Loretta gimió. Se abrazó con más fuerza al pistolero, y acercó su boca al oído de él.

—No me hagas esperar demasiado... Y no temas lastimarme. Brook.

—¿Lastimarte? —susurró también él.

-Es que soy virgen.

Brook quedó inmóvil en su gesto de volver a besar los senos de la pelirroja. Parecía no haber entendido. De repente giró y quedó sentado junto a Loretta cuyos pechos parecieron de plata a la luz de la luna creciente.

—¿Cómo que eres virgen? —masculló.

Loretta rió le buscó para acariciarlo de nuevo tan deliciosamente... y justo entonces ambos comenzaron a oír el nutrido galope que se iba acercando al Rancho del Arco Iris.

## CAPÍTULO VII

Durante un instante ambos permanecieron inmóviles escuchando. De repente, Loretta quiso incorporarse, pero Brook la retuvo estirada colocándole una mano sobre el pecho.

—Quédate quieta —susurró.

—Deben ser los vaqueros y Redson, que vuelven...

—No seas niña. Quieta.

El galope se oía con más fuerza. Brook calculó, que se acercaban no menos de siete u ocho jinetes; Comenzó a oír las broncas voces de algunos de ellos, y pronto apareció el resplandor de la primera antorcha. Loretta comprendió enseguida, y gimió:

—¡Oh no...! ¡No!

—Ponte bien la ropa y ven conmigo. ¡Vamos!

La ayudó a ponerse en pie. Loretta se puso bien la ropa, y Brook le echó por los hombros una manta. Las voces de hombre se oían ahora muy cerca. Una antorcha describió un arco en el aire, y fue a caer en el porche de la casa, iluminándolo, permitiendo ver la escena pese a la distancia. Otra antorcha cayó sobre el tejado. Los jinetes se movían en torno a la casa velozmente, lanzando cada uno su antorcha. Las llamas comenzaron a prender en la madera. La iluminación era ahora tan intensa que Brook y Loretta podían verlo todo a la perfección, escondidos entre las matas. En la casa comenzaron a arder cortinajes de las ventanas, y las llamas aparecieron impetuosamente...

Todo crujía, relinchaban los caballos, pero Loretta y el pistolero oyeron perfectamente la voz:

—¡Id a buscar a Brook, que debe estar por las charcas, ya sabéis por dónde! ¡Y estad atentos para cuando la viuda salga corriendo de la casa!

—Quizá Brook esté en la casa, consolando a la viuda —gritó uno de los jinetes.

Se oyeron risas, pero el que había dado la primera orden insistió en ella, y cuatro de los jinetes fueron directos hacia la parte donde acostumbraba dormir Brook desde que llegara al Rainbow; no podía estar más claro que alguien les

había informado de todo perfectamente..., y que las bromas y las amenazas habían terminado..., como estaba terminando la integridad de la casa del fallecido Randolph Miles.

La tierra retumbaba bajo los cascos de los cuatro caballos acercándose al lugar donde estaban Loretta y Brook. Éste tomó de un mano a la pelirroja, y masculló:

—Ven. No podemos hacerles frente en estas condiciones. ¡Maldita sea, nosotros vamos a pie, y ni siquiera tengo un rifle!

Loretta emitió un mal contenido grito de sobresalto cuando metió los pies en la primera charca, perdiendo inmediatamente un zapato. El trueno de la cabalgada de los cuatro jinetes retumbaba sus oídos.

—¡Tiene que ser por aquí! ¡Y cuidado con Brook, no parece que sea manco!

El pistolero apretó los labios, y continuó corriendo como podía por las charcas. Los cuatro caballos ya no galopaban. Se oía el chapoteo de los dos fugitivos en las charcas. Las ranas habían enmudecido.

—Aquí hay una manta —les llegó la voz—. Está escondido por aquí cerca, cuidado con él.

Los caballos se metieron en las charcas. Loretta Sheridan sentía que estaba perdiendo el resuello, no podía correr. Había perdido el otro zapato, y notaba en sus delicados pies el fango del fondo de las charcas. Tropezó y cayó de rodillas, pues Brook pudo sujetarla a tiempo. Ella le miró a los ojos, quiso decir algo, y sólo pudo resollar, desencajado el rostro, desorbitados los ojos.

—Por allí —gritó uno de los jinetes—. ¡Los veo!

Se lanzó directo hacia ellos. Brook sacó el revólver, y disparó como sin apuntar. Loretta vio por encima de su cabeza el resplandor del disparo, oyó el grito de dolor, y enseguida el impacto de su cuerpo al caer al agua. El caballo del hombre derribado relinchó asustado. Brook soltó a Loretta y corrió como pudo al encuentro del animal. No muy lejos restallaron varios disparos de revólver, y Loretta oyó los impactos de los plomos contra el agua.

¡Pack, pack, pack, pack, pack! disparó velozmente Brook el resto de la carga de su revólver. A unos setenta metros sonaron relinchos y gritos humanos, impactos en el agua, maldiciones... Brook enfundó su revólver, y saltó colgándose del cuello del caballo que pasaba muy cerca de él. En un instante, estuvo montado, y de un tirón retiró de la funda el rifle, con el que comenzó a disparar hacia donde ya con sus cinco disparos de revólver había sembrado el caos.

Y en otro instante estuvo junto a Loretta que le miró aterrada.

—Ven —le tendió él un brazo—. ¡Vamos, monta!

Ella se agarró a su brazo, y Brook la alzó y la colocó ante él en la silla, lanzando inmediatamente el caballo en dirección opuesta a la casa. Dejaron atrás las charcas, y galoparon por los pastos. Las estrellas permitían ver al fondo unas breves colinas en dirección a Lake Buchanan. Por detrás de ellos el incendio de la casa era ahora gigantesco, y esparcía una iluminación que decrecía de cuando en cuando bajo negras humaredas. Brook distinguió el galope de dos caballos tras ellos. Para espanto de Loretta detuvo el caballo, lo hizo girar, y apuntó hacia los perseguidores, que parecían sombras rojas y negras lanzadas a toda velocidad hacia ellos. Junto al oído de Loretta restallaron los dos disparos de rifle, y la muchacha gritó y se protegió las orejas con las manos... mientras a un centenar de metros un caballo caía rodando lanzando por encima de sus orejas al jinete, y el otro jinete era arrancado de la silla por el impacto del plomo en pleno pecho. En el suelo, cerca del derribado caballo, el jinete se puso en pie tras rodar, y alzó el rifle... Era como una insólita figura, perfectamente visible debido al resplandor que tenía detrás, y que lo recortaba perfectamente.

Brook disparó de nuevo, y el hombre lanzó un aullido y saltó de espaldas como si pretendiera llegar al cielo.

Cuando cayó de cabeza ya Brook reanudaba la fuga hacia las colinas.

\* \* \*

La despertó la luz del sol.

Abrió los ojos, parpadeó, y por un instante no supo ni siquiera quién era. De repente lo recordó todo, y se sentó de un salto, llamando a Brook. Éste, sentado con las piernas cruzadas en la entrada de la pequeña cueva, tenía vuelta la cabeza hacia ella, y sonreía hoscamente.

—Tranquilízate —dijo—: ni siquiera nos siguieron.

Loretta estaba desnuda completamente. Sobre unas piedras vio tendido su precioso vestido, secándose. Estaba sucio, arrugado y desgarrado. Y no tenía zapatos. Iba a decir que debía estar horrible cuando captó la expresión de Brook y entonces, simplemente, sonrió, se puso en pie, y fue a sentarse junto a él, envolviéndose en la manta.

—¿No has dormido en toda la noche?

—No. He estado pensando. Podemos hacer dos cosas. Una: dejar las cosas tal como están y simplemente marcharnos, que se vayan todos al infierno.

Dos: arreglar las cosas.

—Arreglar las cosas significa hacer lo que tú crees que debes hacer, para seguir respetándote a ti mismo a fin de poder seguir cabalgando en el arco iris, ¿no es eso?

—Sí —admitió él—, es eso. Pero también se puede hacer una combinación de las dos cosas: yo voy a arreglar las cosas a Llano y tú te vas de estos lugares. Podrías ir...

—Brook: yo iré adonde tú vayas.

—Escucha...

—Espera. Y escucha tú... ¿Me vas a escuchar?

—De acuerdo —refunfuñó el pistolero.

—No te aburriré demasiado... Yo vivía en Nueva Orleans. Trabajaba en una plantación, es decir, en la mansión de unos hacendados muy ricos, como dama de compañía de una anciana y al mismo tiempo institutriz de dos niños... Era un buen empleo, y bastante digno para una señorita cuya familia había sido muy rica pero que había quedado arruinada durante la Guerra de Secesión. Un día, el propietario de la plantación me planteó la situación con toda crudeza: quería que yo fuese su amante, y se ofrecía a ponerme una casa en la ciudad. Le dije que no, y en ese mismo instante él intentó violarme. Le... le rompí la cabeza con un jarrón, recogí mis pocas cosas, y me marché de allí. Pronto me enteré de que él se había repuesto y que había enviado dos hombres a por mí para secuestrarme y... Bueno, ya te imaginas. Escapé de Nueva Orleans, pues sabía que si me atrapaban me iban a tener prisionera, al servicio sexual de él hasta que se cansara de mí.

»Me estuvieron rastreando mucho tiempo, y yo tenía que irme siempre de todos los sitios... Hasta que llegué a Llano. Oí un piano, y llamé a la puerta de aquella casa, ofreciéndome para dar clases. Era mi amiga Sheila Adamson, ya la conoces. Bueno... Al poco conocí a Randolph Miles, que comenzó a visitar con mucha frecuencia la casa de Sheila. Cuando me pidió que me casara con él no me sorprendió. ¿Por qué no?, pensé. Así, al menos, finalmente, estaría protegida si por casualidad me localizaban los esbirros de mi anterior “enamorado”. Pero lo cierto era que no podía... admitir la idea de que tuviera que acostarme con Randolph. Él se dio cuenta, lo comprendió. Me dijo que no debía preocuparme por estas cosas, que sólo quería... disfrutar visualmente de mi presencia, y ser la envidia de sus malditos vecinos. Dijo que jamás intentaría ni siquiera tocarme, y que para él sólo sería... el más bello objeto decorativo de su casa. A cambio de eso, yo viviría como una señora, lo heredaría todo en su tiempo, y, claro está, yo me di cuenta de que él

tenía suficiente poder y fuerza para que pudiera considerarme segura. De modo que me casé con él.

—De acuerdo. Pero eso...

—No he terminado. Una noche, en contra de lo pactado, Randolph quiso... intimar conmigo. Fue... fue repugnante, porque ni siquiera me pidió lo... lo normal, sino... Bueno, él sólo podía... hacer algunas cosas que... Lo rechacé, y entonces él dijo que yo sólo era una zorra calculadora. Se metió a la fuerza en mi cama, y quiso tenerme domeñada para obligarme a que... hiciéramos lo que él quería. Fue entonces cuando le dije que era un cerdo asqueroso, y que si volvía a tocarme iba a gritar hasta que todo Llano supiera lo que estaba tratando de hacer. Me insultó. Le dije que al día siguiente me iría de su lado, y él dijo que si hacía tal cosa me iba a desheredar. Cuando le dije que prefería cualquier cosa a volver a ver sus manos sobre mi piel se puso tan furioso que de nuevo intentó abusar de mi cuerpo y obligarme a que le hiciese caricias. Y de pronto, se quedó quieto, suspiró, y murió. Brook, fue... fue asqueroso y horrible. Pensé en escapar aquella misma noche, pero me di cuenta de que si huía iba a provocar muchos comentarios. Así que fingí que no había pasado nada extraño, y que simplemente, mi marido había fallecido aquella noche de un ataque al corazón. Y finalmente, pensé que si alguien merecía... una recompensa por haber soportado todo aquello de él era yo, así que me quedé, para hacerme cargo de todo lo que me correspondiera como viuda. ¡No tenía por qué desdeñar lo que legalmente me correspondía!

—Estoy de acuerdo.

—Brook —Loretta puso una mano sobre una del pistolero—. Ya sé que en verdad he sido calculadora y ambiciosa, pero...

—No digas tonterías. Todos buscaban algo, y quien salió más beneficiada fuiste tú, es así de simple. De cuerdo. Pero ahora hablemos de eso de que irás adónde yo vaya. Eso no puede ser, porque yo voy a ir a Llano.

—¿Y por qué no puedo ir yo a Llano?

—Porque quizá me maten a mí, en cuyo caso me temo que a ti te sacrificarían de un modo... Bueno, digamos que ya no serías virgen, señora Miles.

—¡No me llames más señora Miles! Y te acompañaré a Llano.

—No... No.

—Brook: siempre he tenido problemas con los hombres, siempre han querido lo mismo de mí, siempre me han halagado hipócritamente, y yo he sabido manejarlos, he sabido ir librándome de sus asedios asquerosos... Quiero olvidar todo eso, quiero ser tu mujer, quiero cabalgar junto a ti, y si

tengo que ir tan guarra como tú, lo haré. Haré lo que quieras. Pero por favor, no me pidas que me aparte del único hombre que me ha hecho sentir realmente como mujer. ¡Por favor, Brook!

El pistolero se quedó mirando largamente hacia el sol naciente. Por fin asintió con un gesto, y murmuró:

—De acuerdo. Seguiremos juntos.

Loretta sonrió, y pareció que su rostro se iluminaba.

—¿Qué vamos a hacer en Llano? —preguntó.

—Vaya pregunta chocante —la miró él como divertido—. Vamos a ver al *sheriff*, naturalmente, a denunciar que anoche unos hombres incendiaron tu casa y quisieron matarte.

Loretta quedó estupefacta. Acto seguido se echó a reír.

—¡No sé qué estás tramando, Brook, pero sé que no es eso!

—Que sí mujer. Ya verás como lo primero que hacemos es presentar la denuncia al *sheriff*.

\* \* \*

El *sheriff* Burt Cannon estaba lívido, y evidentemente, incómodo, desasosegado a más no poder. Había escuchado a Brook, observado a su vez por Loretta Miles, que estaba extrañamente hermosa y encantadoramente sucia, además de ir descalza. Vagamente, Burt Cannon pensó que nunca había visto tan hermosa, tan resplandeciente, a la viudita.

—Sí, entiendo —murmuró Cannon por fin—. Pero si usted no sabe los nombres de las personas que hicieron eso...

—Claro que lo sé —alzó las cejas Brook—. Algunos de los hombres que tomaron parte en ello eran desconocidos, tanto para la señora Miles como para mí, pero a otros ella los identificó sin lugar a dudas.

—Ah —el *sheriff* parecía a punto de echarse a llorar—. ¿De modo que pudo identificar a algunos de esos hombres, señora Miles?

—Con toda claridad y seguridad —asintió Loretta.

—Bien... Bueno, sí, realmente, ayer llegaron a Llano unos desconocidos realmente sospechosos, así que...

—No fueron unos desconocidos. Es decir, sí había unos desconocidos, pero otros eran muy conocidos nuestros.

—Ya... Sí, entiendo. Bien... ¿Quiénes son esas personas?

—Nuestros vecinos John Granger, George Fellow, Edward Loomis, Charles Winley, Martin Corbett y Leslie Mathiesson.

El *sheriff* Cannon estaba demudado y como petrificado. Tardó lo suyo en conseguir reaccionar.

—Usted no sabe lo que dice —jadeó.

—Lo sé perfectamente.

—Señora Miles...

—¡Señora infiernos! ¡Le estoy diciendo lo que vi, y usted no tiene derecho a dudar de mi palabra!

—Me parece que la señora Miles tiene razón —dijo con simpática sonrisa Brook—: Ella ha venido a hacer una denuncia, y usted, no tiene derecho a dudar de su palabra. Lo que ha de hacer es obrar en consecuencia, como *sheriff* que es del lugar.

—¡No me diga lo que tengo que hacer! —aulló Cannon—. ¡Usted no tiene ni puta idea de estas cosas de la Ley!

—Cuide su lenguaje delante de una dama —sonrió de nuevo Brook—. Y en cuanto a lo que ha dicho, ¡haré ver que no me he enterado!

—¡No se atreva a amenazarme!

—No le estoy amenazando —se sorprendió Brook—. Sólo estoy tratando de evitar qué siga haciendo el ridículo.

—Aquí no hay más ridículo que usted, qué no es más que un... un patán perdonavidas, un matón de alquiler de baja estofa. ¿Y sabe una cosa?: ¡ya estoy más que harto de usted, Brook!

Durante unos segundos el pistolero estuvo observando especulativamente al *sheriff*, como preguntándose qué se podía hacer con aquel extraño bichito que lucía una estrella de latón de cinco puntas prendida en el chaleco. Por fin como de mala gana, dijo:

—Mi nombre completo es Arkadius Benson Brook soy un rico ganadero y alcalde de Carrizo Springs condado de Dimmit, cerca de la frontera mexicana. Anteriormente fui *sheriff* de Carrizo, de Laredo, de Eagle Pass, de Zapata, y de Río Grande. Soy muy conocido en el Sur de Texas y tengo muchísimos amigos mexicanos en el Norte de México. También soy amigo personal del gobernador del Estado de Texas, y si le envió un telegrama usted se va a enterar de la vida. Y si quiere saber qué hace un tipo como yo en un lugar como éste, se lo diré: he pasado meses buscando por los más asquerosos lugares de Texas a dos tipos que pasaron por Carrizo Springs y cometieron una salvajada en un ranchito vecino del mío. Le diré lo que hicieron: pasaron por el ranchito de mi vecino Sam Lennox, un anciano honesto y admirable

que vivía solo con sus dos nietos; un niño y una niña y como la niña les hizo gracia la violaron, le dieron una paliza al niño, y a Sam Lennox le hicieron astillas las dos piernas y luego lo tiraron a la pocilga con los cerdos, a los que mataron a balazos... ¿Le gustaría saber los nombres de esos dos «valientes»? Pues también se lo voy a decir: McCordy y Dawson. ¿Quiere saber algo más?

—Todo eso es mentira —jadeó Cannon.

—¿Sí? Bueno, se lo diré bien claramente: si usted no detiene esta misma mañana a los hombres que la señora Miles ha acusado, y los trae aquí para afrontar la acusación, yo voy a poner ese telegrama a mi amigo Gardiner S. Simpson, gobernador del Estado: ¿Tiene usted alguna duda, amigo?

Cannon tragó saliva y se pasó la lengua por los labios. Por fin masculló:

—Lo voy a hacer por la señora Miles, no por las amenazas de usted, ni por sus fantasías de borracho muerto de hambre. ¡Pero los dos tendrán que atenerse a las consecuencias!

—Eso me gusta —recuperó la sonrisa Brook—: que cada cual se atenga a las consecuencias de sus actos. Sí señor, eso me gusta. Bien, mientras usted cumple con su deber nosotros vamos a hacer algunas compras: como ve la señora Miles necesita ropa y calzado. Es que se lo quemaron todo, ¿sabe?

—Usted no puede ser tan loco de salir a la calle. Brook. ¡Y menos, con la señora Miles!

—¿Por qué no?

—Todos sabemos que hay varios tipos amigos de los que mató anteriormente, y que ya han debido enterarse de que está usted en el pueblo...

—Es usted un tipo curioso —movió la cabeza Brook—. Hasta luego.

Se dirigió a la puerta de la oficina de la Ley, que abrió. Salió Loretta, y detrás lo hizo él, tomándola del brazo derecho con la mano izquierda. En la calle el silencio era total, y no se veía a nadie... excepto los cuatro pistoleros que estaban repartidos por la calzada, mirando hacia los recién salidos de la oficina del *sheriff*. Brook notó la tensión en el brazo de Loretta y lo apretó suavemente con sus fuertes dedos. Ella le miró, intentó sonreír, y continuó caminando como si no se diera cuenta de lo significativo de la situación, del silencio, de la ausencia de gente del pueblo y de la silenciosa y amenazadora presencia de los cuatro pistoleros, que les contemplaban con torva expectación.

Inmutable, Brook continuó su camino, cruzando la calzada a menos de cuarenta metros de los cuatro pistoleros, cuyas manos estaban casi tocando sus revólveres. Ni siquiera los miró directamente una vez. Llegaron a la otra acera, y segundos más tarde entraban en el General Store. Ante una de las

ventanas, pálidos e inmóviles, estaban el propietario de la tienda y dos mujeres de mediana edad.

—Buenos días —saludó amablemente Brook, quitándose el sombrero—. La señora Miles necesita unos zapatos. ¿Tendremos que esperar mucho?

El propietario del almacén miró de nuevo hacia la calle, otra vez a Brook, de nuevo a la calle, y finalmente se encaminó hacia la parte de la tienda donde estaban los calzados. Las damas permanecían petrificadas.

—Vaya cuento le has endosado el *sheriff* —dijo de pronto Loretta, riendo.

—Sí, soy muy divertido.

—Brook, ¡no será verdad todo eso que has dicho! Aunque tampoco me extrañaría en ti... ¿De verdad eres el alcalde de Carrizo Springs?

—¿Tengo aspecto de alcalde?

—¡No! —volvió a reír la bellísima pelirroja—. Pero podrías serlo. Sí, podrías haber dejado en tu puesto a alguien de confianza, y dedicar varios meses de tu vida a perseguir a unos canallas, para recordar tus tiempos de *sheriff*..., y sobre todo para ser siempre tú mismo, es decir, hacer siempre lo que crees que tienes que hacer, para poder tener siempre derecho a cabalgar en el arco iris.

—Me alegra comprobar que lo has entendido todo muy bien, señora Miles.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de llamarme así? Puedes llamarme amor mío, cariño, amada mía, querida, o cualquier cosa que se te ocurra. Eso aparte de simplemente Loretta, claro está.

—Pensaré en ello.

El tendero se acercó a ellos con varios pares de zapatos. Brook agarró a Loretta por la cintura, y la sentó en el mostrador. Ella rió, y todavía rió más cuando Brook le arrebató al tendero uno de los pares de zapatos y se los puso.

—No me gustan mucho —dijo ella—, pero es mejor que ir descalza.

—Te compraré un vestuario nuevo cuando lleguemos a Carrizo Springs.

—¿Y qué vamos a hacer con el dinero que Randolph me dejó, y con el que cobremos por la venta del rancho?

—De momento, naturalmente, dejarlo a tu nombre en el banco. Más adelante ya le encontraremos un buen destino.

—Todo eso si lo que has dicho de ti mismo es verdad —volvió a reír Loretta—. Si no lo es, los dos podemos estar viviendo muchos años de nuestro dinero, cabalgando por las praderas.

—Y por el arco iris —sonrió Brook.

—Sobre todo por el arco iris. Creo que también debería comprarme un vestido, Brook.

—Buena idea. Porque el que llevas, además de provenir de «él» ha quedado inservible. Me parece que no olvidarás fácilmente la noche pasada.

—Si no aclaras las cosas estas damas pueden pensar que te refieres a algo... censurable. Deberías decir que te refieres a que estuvimos huyendo de unos pistoleros metiéndonos en charcas llenas de ranas.

—El vestido me gustaría que fuese blanco —dijo el pistolero.

—Eres maravilloso, mi amor —aseguró Loretta.

—Es la primera vez que me dicen semejante cosa —se pasmó Brook.

El tendero y las dos clientas del almacén estaban atónitos. Brook miró a uno y a otras amablemente, y dijo:

—Me pregunto si hay algún vestido blanco que sea de la talla de Loretta. Y si es así, también pregunto: ¿qué está esperando para traerlo?

-Si señor... ¡Sí señor, enseguida!

En el mismo instante en que el hombre comenzaba a moverse, la puerta se abrió, y entró un hombre. Un solo hombre, que hizo respingar a las damas y al tendero, pues pese a que había llegado a Llano el día anterior lo tenían visto y bien visto. Alto, delgado, de ojos azul transparente, manos blancas y de largos dedos finos. Vestía pulcramente, y llevaba un revólver a la izquierda, muy bajo sobre el muslo. Un bigote de guías caídas ocultaba parcialmente su boca de labios delgados y expresión entre desdeñosa y cruel. Loretta lo reconoció también en el acto como uno de los cuatro que poco antes había visto en la calle, y sintió un vuelco en el corazón.

## CAPÍTULO VIII

El hombre entró tranquilamente, fue a apoyarse en el mostrador, y se quedó mirando con fría socarronería a Brook.

—Eres de los que los tienen bien puestos, ¿eh? —dijo.

—¿A qué se refiere usted? —se interesó Brook:

—A los cojones.

—Cuide su léxico: hay damas delante.

—Seguro. Pero imagino que las damas saben de qué estoy hablando.

Bueno, me llamo Rearden. Angus Rearden.

—¿Y qué?

—Tal vez hayas oído hablar de mí.

—No recuerdo. Hace un par de años que dejé de estar al corriente de estas cosas. ¿Eres alguien importante?

—Me gustas —sonrió el tal Rearden.

—Mal asunto.

Angus Rearden rió quedamente, sacó un largo cigarro del bolsillo de la cazadora, y lo encendió, tras rascar un fósforo en la funda de su revólver. Todo ello sin dejar de mirar especulativamente a Brook.

—Me gustas —repitió expeliendo humo—. Anoche mataste a dos de mis amigos, dejaste inútiles a otros dos y nos robaste un caballo..., pero me gustas. No es frecuente encontrar tipos con agallas.

—O sea, que eres uno de los que anoche estuviste incendiando el Rainbow Ranch.

—Claro. ¿Tienes algo que oponer?

—Sí. Sin entrar en detalles te diré que, además de dejar en ruinas un hermoso rancho, interrumpiste algo muy hermoso. Claro que en cierto modo te estoy agradecido, porque así me das ocasión de hacer las cosas de otro modo más... adecuado y confortable, pero eso no quita que seas un maldito aguafiestas y un cerdo digno de la horca.

—Ya me advirtieron que hablas mucho. También me dijeron que disparas muy rápido.

—Ciertas ambas cosas.

—Sí, ya he comprobado la primera. Ahora vamos a comprobar la segunda. Te espero afuera.

—¿Me esperas... o me esperáis?

—Bueno —sonrió Rearden—, no tiene nada de malo tener amigos, digo yo.

—Ya. O sea que como sabes que sois cuatro, te vienes aquí a chulear conmigo, ¿eh? Primero, nada más verme de cerca y a la luz del sol, os cagáis en los pantalones. Pero luego tú reflexionas, y te dices que no hay que apurarse, que siendo cuatro contra uno la cosa marcha bien. Así que para dártelas de valiente entras aquí a tirarme de los bigotes, convencido de que como hay señoras yo aguantaré y saldré a la calle para arreglar el asunto... Y mientras tanto quedas como un valiente con tus amigotes y hasta te diviertes un ratito. ¿Eh?

—En esta vida hay que saber encontrar el lado divertido de las cosas, ¿no te parece? —sonrió más ampliamente Rearden.

—Ya lo creo que sí. Yo suelo ser muy divertido también.

—Estupendo. Te espero afuera, pues.

—Nada de eso amiguito —deslizó Brook con palabras que parecían hechas con miel—: ya que estás aquí, no perdamos tiempo.

—¿Qué? —le miró vivamente Angus Rearden.

—Que saques tu revólver. Eres el guapo del grupo, ¿no? Pues tienes que demostrarlo.

—No querrás pelear aquí...

—¿Por qué no? Aquí estamos mano a mano, y como no tengo un pelo de tonto voy a aprovechar la ocasión. No es lo mismo cuatro contra uno que uno contra uno. Tú has venido aquí en plan matón, ¿no es cierto? Bueno, pues mata. Estoy esperando, valiente.

Angus Rearden parecía petrificado, y lo mismo el tendero y las dos clientas. De los cuatro, posiblemente era Rearden el más inmóvil y pálido. Loretta no parecía haberse inmutado, y contemplaba con curiosidad al pistolero qué había entrado en la tienda a divertirse.

—Podríamos herir a alguna señora —susurró Rearden de pronto.

—Tengo la impresión de que eso no te ha preocupado jamás. Pero ya que hoy estás en plan humanitario, queda tranquilo, que ninguna señora resultará herida. ¿Te explico por qué? Sí, te lo voy a explicar: ninguna señora resultará herida por la sencilla razón de que tú no vas a tener tiempo ni de tocar el revólver, y yo tendré suficiente con disparar una sola bala..., que te aseguro

no herirá a ninguna señora. Y si estás pensando que vas a salir de aquí tan chulo como has entrado, olvídale: yo te voy a matar, tanto si tiras de revólver como si quieres protegerte no peleando. Me da lo mismo, de veras. Pero insisto: ya estás muerto.

Rearden estaba lívido. Todavía, durante unos segundos, permaneció inmóvil; pensando que Brook no iba a disparar allí dentro, que él también se estaba divirtiendo. Pero pronto comprendió que el pistolero solitario no estaba bromeando; quizá se estaba divirtiendo, pero no estaba bromeando.

—Escucha —empezó a decir—, no podemos liarnos aquí a tiros en presencia de...

Con la esperanza de que tenía distraído a Brook aunque sólo fuese un poco con sus palabras, Rearden quiso sorprenderlo y llevó velozmente la mano a su revólver.

Brook sacó el suyo y disparó.

Visto y no visto.

Rearden emitió una especie de ronquido, se encogió, y sus brazos colgaron flojamente, al tiempo que encogía el pecho, como queriendo juntar los hombros. Retrocedió un paso. Sobre su corazón apareció una mancha de sangre. El pistolero cayó de rodillas, emitió un estremecedor gemido tremolante, y se fue de bruces sobre el piso de tablas.

Una de las mujeres sollozó. Brook repuso en el revólver la bala gastada, enfundó el arma, y se acercó a Rearden, al que agarró por la ropa del cuello y arrastró hacia la puerta. La abrió, salió al porche arrastrando el cadáver, y arrojó éste a la calzada, desde el porche. Frente a éste, a unos veinte pasos, tres hombres permanecían inmóviles, contemplando la escena.

Brook los miró serenamente, con la misma placidez que si estuviesen contemplando una hermosa puesta de sol. No dijo nada, no hizo nada. Simplemente, largamente, los estuvo mirando, con el pulgar izquierdo metido en el cinto y la mano derecha colgando junto al revólver.

De repente, los tres hombres giraron y comenzaron a alejarse. En el reloj del Ayuntamiento dieron los cuartos de las once. Brook dio media vuelta, y regresó al interior de la tienda.

—¿Qué hay del vestido blanco? —preguntó.

Loretta Sheridan tragó saliva, todavía sentada en el mostrador, y dijo:

—Y un mazo de buenos cigarros para Brook.

—Buena idea —sonrió el pistolero—. No tenemos por qué privarnos de nada. Y ya que tenemos que esperar a que el *sheriff* regrese con tus vecinos, aprovecharemos el tiempo realizando algunas compras. Por ejemplo, yo dije

que no descansaría para nada hasta que encontrase a Dawson y McCordy, pero ya los encontré, ¿verdad? Y no voy a volver a casa oliendo a perro muerto...

—A mí no me parece que huelas mal —sonrió Loretta.

—Porque me ves con buenos ojos..., y me hueles con amorosa nariz — Brook se acercó a Loretta, le tomó el rostro entre sus manos, y la besó en los labios—. Es una lástima que todo el mundo me vea con tan buenos ojos, amor mío.

\* \* \*

—Usted... usted no es más que un maldito pistolero loco —jadeó Edward Loomis, echando fuego por los ojos—. ¡Porque todo esto es obra de usted, Loretta no se habría atrevido ella sola a hacer semejante acusación!

—Ése es el quid de la cuestión —replicó tranquilamente Brook—: que ustedes se han atrevido a todo porque ella estaba sola.

—¡Nosotros no hemos incendiado su casa! —estalló Martin Corbett—. ¡Solamente un loco creería eso!

—Pues yo les vi haciéndolo —dijo Loretta.

Las miradas de todos los hombres reunidos en el despacho de Burt Cannon fueron una vez más hacia la viudita, que permanecía modosamente sentada en una silla cerca de la apagada estufa de serrín. Cannon era el único de los reunidos que estaba también sentado, tras su mesa, fastidiado y no poco inquieto. La reunión-acusación se estaba realizando a puerta cerrada en su oficina, y, para su sorpresa, habían aceptado acudir todos los acusados. Éstos, así como Brook, permanecían de pie, en diferentes posturas y actitudes, la mayoría agresivas, por parte de los ganaderos.

—¡Usted no pudo vernos haciendo eso! —gritó Mathiesson—. ¡Debe de haberse vuelto loca!

—Yo creo —murmuró Granger— que la señora Miles no está loca..., pero quizá esté mal aconsejada por el señor Brook. Lo que no comprendo es que una dama como ella se deje influenciar por un sujeto de esta calaña.

—Tiene usted razón —admitió Brook—, soy un sujeto despreciable, y además, de mucho cuidado. Por ejemplo: ¿sabe qué se me acaba de ocurrir ahora?

Se quedaron todos mirándolo, Loretta sonriente. Estaba preciosa con su sencillo vestido blanco, su alborotada cabellera roja, sus grandes ojos

resplandecientes fijos en el pistolero.

—¿Qué demonios se le ha ocurrido? —masculló Cannon, tras expectativo silencio por parte de todos.

—Darle la vuelta a la tortilla.

—¿De qué está hablando? —graznó George Fellow.

—Es muy simple. Los problemas de la señora Miles existen porque ustedes le prohíben que pase por sus tierras para entrar o salir del Rainbow Ranch. Con esta presión, ustedes pretenden adquirir el Rainbow en conjunto y utilizarlo para pastos. También desean la manada de la señora Miles. Y todo eso, por cuatro centavos. Pues bien, lo haremos al revés: la señora Miles les va a comprar a todos ustedes sus ranchos, y así ella podrá entrar y salir cuando quiera del Rainbow sin que nadie la moleste. Todo será suyo, y aquí no pasa nada.

—Está usted rematadamente loco —dijo fríamente Charles Winley—. Ninguno de nosotros tenemos la menor intención de vender jamás nuestro rancho.

—¿A que sí? —aseguró Brook desenfundando su revólver.

Burt Cannon se puso en pie de un salto..., y quedó petrificado cuando, con rápido y hábil gesto, Brook le arrebató el revólver. Mientras tanto, para mayor sorpresa de todos. Loretta corrió hacia el armero de la pared, y cogió el rifle del *sheriff*, con el que apuntó al grupo. Charles Winley estaba más pálido que nadie, pues el revólver de Brook estaba a menos de un palmo de su rostro, mostrando la negra boca de fuego.

—¿Han perdido el juicio. Brook? —jadeó Cannon.

—Tal vez. En cualquier caso, gracias por traernos a estos caballeros. Habría sido muy pesado y molesto ir buscándolos de uno en uno para comprarles el rancho. Así, todos, a la vez nos firmarán la cesión de venta.

—Ni en cien años que viviera vería usted eso, Brook —jadeó Granger.

—No espero vivir tanto tiempo. Pero quizá viva ochenta, o hasta con un poco de suerte, noventa. ¿Quién sabe? Lo seguro es que usted no los va a vivir, señor Granger. Y le diré por qué: porque si no firma usted la cesión de venta de su rancho ahora mismo dése por muerto.

—No puede estar hablando en serio —exclamó Cannon.

—Quítamelo de delante, cariño —dijo Brook.

Loretta señaló con el rifle hacia la puerta del fondo de la oficina, que separaba ésta del departamento de celdas.

—Camine hacia allí, *sheriff*.

—Por el amor de Dios —clamó éste—. ¡No haga eso, señora Miles!

—Sólo quiero encerrarlo, para que no nos moleste —dijo la pelirroja—. Vamos, no complique más las cosas. ¿Qué es lo que quiere usted, que Brook le rompa la cabeza y lo tire sin sentido dentro de una celda?

Burt Cannon comenzó a lanzar maldiciones que normalmente habrían hecho enrojecer a Loretta Sheridan. Pero nada en aquella situación era normal, y la muchacha soportó el chaparrón sin inmutarse. Cuando Cannon estuvo al otro lado de la puerta la cerró con llave, y mostró ésta a Brook, que sonrió. Pero su sonrisa cariñosa se esfumó en cuanto volvió a dedicar su atención a los ganaderos.

—Muy bien, señor Granger, usted el primero: extienda el documento de venta de su rancho, por la cantidad de cien dólares.

—¿Qué? —respingó el ganadero.

—Ya lo ha oído. Siéntese a la mesa del *sheriff* y extienda ese documento.

—No lo haré nunca.

Brook entornó los párpados y ladeó la cabeza. De pronto, dio un par de pasos hacia Granger, y con el revólver que le había arrebatado a Cannon le golpeó en lo alto de la cabeza. John Granger emitió un grito de dolor, y se tambaleó, mientras un hilo de sangre aparecía rápidamente por un lado de su cabeza y se deslizaba por una mejilla. Pero eso no fue todo: Brook dio otro paso hacia el ganadero, y le aplicó un patadón bestial entre las ingles. John Granger profirió un quejido que pareció el maullido de un gatito tísico, y cayó pesadamente de rodillas, prácticamente sin sentido, desencajado el grasiento rostro. Un rodillazo en plena nariz, que la reventó en un impresionante surtidor de sangre, terminó de abatir a Granger, que quedó como un cerdo enorme recién muerto sobre el piso, sangrando por la cabeza y la nariz.

El ahora, siniestro rostro de Brook se volvió hacia Edward Loomis.

—Mientras el señor Granger se recupera de este pequeño contratiempo —dijo con voz gélida—, nosotros seguiremos hablando de negocios. Usted es el próximo, señor Loomis. ¿Le vende su rancho a Loretta por cien dólares, o prefiere... «conversar» conmigo?

Loomis miró fijamente a Brook, miró luego, al desvanecido y sangrante Granger, y de nuevo miró al pistolero. Por fin, sin decir palabra, se sentó a la mesa, buscó en ésta papel, apercibió la pluma de Cannon, y comenzó a extender la cesión de venta de su rancho a la señora Loretta Sheridan, por la cantidad de cien dólares, que recibía a su satisfacción y en presencia de testigos.

El último en firmar la venta de su rancho fue John Granger, cuyo estado físico era sencillamente deplorable. Ya con el documento en sus manos.

Brook asintió, miró al ganadero, y dijo:

—Los golpes se los ha ganado usted sobradamente por sus maquinaciones, señor Granger. Por un lado, utilizando a su capataz Kastein para que contratase pistoleros que me eliminasen y dejar siempre indefensa a Loretta. Y por otro lado, es usted tan cerdo que pensaba engañar incluso a sus amigos adquiriendo en solitario la propiedad del Rainbow. Lo menos que merecía por ambas cosas era unos cuantos golpes, ¿no está de acuerdo?

Granger no contestó. Brook frunció el ceño, y lo agarró de un manotazo por la ropa, atrayéndolo.

—¿No está de acuerdo? —insistió.

—¡Sí, sí, sí, estoy de acuerdo, déjeme en paz!

Brook lo soltó. Mejor dicho, lo empujó; obligándole a dar la vuelta, y lo derribó de bruces de un puntapié en el trasero. Miró a los demás ganaderos, y ordenó:

—Recojan su basura y lárguense.

—Esto no quedará así —jadeó Mathiesson.

—¿No? ¿Cómo cree usted que quedará?

—Esos documentos de venta... no son legales.

—Ah. ¿Pero sí habría sido legal el documento por medio del cuál, Loretta les hubiera vendido a ustedes su rancho, presionada y amenazada por todos? ¿Cuál es la diferencia? Por si no la saben, yo les diré cuál es la diferencia: que ustedes son unos malditos cobardes que abusaban de una mujer, y yo soy un hombre que se ha cargado a unos cuantos escorias y les ha dado una lección a otros cuantos sinvergüenzas. ¿Captan la diferencia? Espero que sí. Y ahora, ¡largo de aquí!

—¿Sabes. Brook? —dijo Loretta, como saliendo de sus reflexiones—. Me pregunto qué voy a hacer yo con seis ranchos, más el Rainbow. Sobre todo teniendo en cuenta que me voy a ir contigo al Sur.

—Pues es verdad —se pasmó el pistolero—. ¿Qué vamos a hacer con tantos ranchos? ¡Oye se me ocurre una idea! ¿Qué tal si se los vendemos a sus antiguos propietarios? Pero claro, tendría que ser ganando algo. Algo por el trabajo, los sustos, las molestias... Ya sé: ¡podríamos venderles de nuevo sus ranchos a millón de dólares casa uno!

—Tampoco hay que exagerar —sonrió Loretta—. Yo creo que un buen precio sería... cincuenta mil dólares por cada rancho.

—Como tú quieras, amor mío. Bueno, estos caballeros ya se han enterado, así que no sé qué están esperando.

—¿Y si nos fuéramos nosotros? Yo tengo que comprar algunas cosas para el viaje.

—Y yo también tengo cosas que hacer.

—¿Te parece bien que te espere en casa de Sheila? Haré mis compras y cuando termine iré a esperarte allí.

—Espléndida idea. ¡Con lo que me gustaría oírte tocar el piano!

—Lo haré con mucho gusto para ti, mi vida.

Brook se acercó a Loretta, la abrazó por la cintura, y la besó en la roja boca en dulce oferta. Luego, sin soltar su cintura, se encaminó hacia la puerta, la abrió, y salieron ambos. Ante ellos parecía haberse congregado toda la población de Llano, que los contemplaron en silencio. En primera fila Brook vio a Kastein, el capataz de Granger, que palideció cuando la mirada del pistolero quedó fija en él, y quiso retroceder, esfumarse...

—Kastein —llamó suavemente Brook.

El hombre se volvió, lívido. Si había alguien que en aquellos momento inspirase temor, y sobre todo respeto en Llano, ese alguien era Brook, el pistolero que había eliminado en pocos días un montón de escorias, entre ellos el famoso Angus Rearden, y había puesto en fuga sin un solo disparo más al resto de las escorias. Una llamada de Brook podía significar una sentencia de muerte.

—Escuche —jadeó Kastein—, yo tenía que obedecer al señor Granger, ¿no? ¡Fue él quien me ordenó contratar a todos esos pistoleros!

—Debería matarlo, Kastein.

—¡Yo sólo obedecía órdenes! —casi lloró el capataz.

—O quizá sería suficiente con una buena paliza... ¿Qué le parece la idea? ¿Le doy una buena paliza? Aunque quizá quiera usted defenderse, claro. Y además tiene derecho a ello. ¿Me quito el cinto y nos damos de golpes, Kastein?

—No... No, no.

—¿Pues qué hacemos? Porque algo tengo que hacer con usted, ¿no le parece? ¿O pretende ser el único que se libre del correspondiente ajuste de cuentas? Y eso no puede ser, porque el que la hace la paga. Lo mismo si es un criminal que me hace cabalgar varios meses tras él, sin tan siquiera cambiarme de calzoncillos, que si es un cobarde como usted que ni siquiera da la cara llegado el momento. ¿Qué hacemos, Kastein?

—No... no sé...

—Tengo una idea: ¿qué le parecería una patada en el culo?

—¿Una patada en... en...?

-Sí, hombre. Todo lo que ha de hacer usted es volverse de espaldas a mí, inclinarse, y yo le atizo un puntapié y así me quedo tranquilo y en paz conmigo mismo. ¿Qué le parece?

El silencio era increíble a aquella hora del día en Llano. Kastein, en quien estaban ahora fijadas todas las miradas, tragó saliva varias veces, se pasó la lengua por los labios, y finalmente se volvió de espaldas a Brook y se inclinó.

Brook movió la cabeza, como maravillándose de las cosas que podían ocurrir en la vida, tomó del brazo a Loretta, y se alejó, olvidando para siempre a un sujeto llamado Kastein, con cuyo trasero, naturalmente, no iba a mancillar sus viejas cómodas y queridas botas de montar.

## FINAL

La criada de los Adamson introdujo en el saloncito al *sheriff* Cannon y al verlo. Loretta quedó decepcionada; y lo mismo Sheila Adamson que no había conseguido olvidar los ojos del mugriento pistolero.

—Ah es usted; *sheriff* —murmuró Loretta—. ¡No me diga que viene a detenerme!

—Vengo de parte de sus acusados —gruñó Cannon, acercándose a ella de mala gana—, tengo la impresión de que han aprendido una buena lección, y desean recuperar sus ranchos, sin armar más follón, a cincuenta mil dólares cada uno.

—¿Y por qué no han venido ellos a decírmelo?

—Bueno, yo diría que no tienen ningún deseo de estar de nuevo frente a Brook. Por cierto, ¿dónde está él?

—Terminando algunas gestiones por ahí. Creíamos que era él quien llegaba cuando ha llamado usted. Ah. Sarah vuelven a llamar... ¡Corre a ver si es Brook!

La criada fue de nuevo hacia la puerta, mientras Cannon tendía varios cheques a Loretta, que los tomó y dijo, sonriente:

—Dícales a mis queridos vecinos que considero estos trescientos mil dólares como pago total por la compra del Rainbow Ranch sus vacas, sus corrales y edificios, y que les enviaré el documento de cesión a nombre de todos. En cuanto a los documentos de venta de sus ranchos que ellos firmaron, asegúreles que los destruiré.

—O sea, que finalmente, después de tanto jaleo, se desprende usted del Rainbow —masculló Cannon.

—Si pero no por cincuenta mil dólares que ellos me daban, sino por trescientos mil, que es un precio incluso generoso. Y todo ello gracias a Brook que me ha ofrecido un arco iris mejor que el rancho que...

Loretta Sheridan dejó de hablar, y se quedó mirando, tan pasmada como Sheila y la pasmadísima Sarah al personaje que intervenía en escena: un tipo alto, delgado, de largos cabellos rubios relucientes, ropas nuevas que le

sentaban de maravilla, mejillas perfectamente rasuradas dejando al descubierto unas facciones angulosas, un mentón sólido, firme, una boca delgada, fuerte, de expresión guasona y simpática. Llevaba un reluciente revólver de cachas negras, y con sus fuertes manos bronceadas de largos dedos sostenía un sombrero. Limpio, pulcro, mortalmente atractivo. Sus ojos eran grises.

—¿Lista para la marcha, amor mío? —preguntó el sujeto.

—Oh, Dios mío —gimió Loretta—. ¿Eres tú, Brook?

-El mismo que viste y calza —el apuesto pistolero sonrió simpáticamente—, pero con calzoncillos limpios y botas nuevas.

Loretta lanzó una exclamación, y corrió a los brazos del hombre con el que, durante el resto de su vida, cabalgaría, por las franjas del arco iris.

— oOo —